



CONSTANTINOPLA

EN LOS SIGLOS XVI Y XVII (1)

SEGUNDA CARTA QUE DON OCTAVIO SAPIENCIA,
PRESBITERO, DIRIGE AL EXCMO. MARQUÉS DE LA VALA
SICILIANA, RESIDENTE EN CATANIA.

De CONSTANTINOPLA á tres de mayo del año de Nuestro Señor Jesucristo de 16...

DOR la que recibí de vuestra excellencia en ésta por la Embaxada de Francia, supe cuán bueno de salud se halla él y toda su ilustre progenie ¡Dios sea loado! y vi cuán gustoso había sido á su entretenimiento la carta primera que le escribí dándole cuenta de varias curiosidades que entre los turcos pasan, apenas sabidas, si no es de algún desgraciado que, como yo, vine á purgar sus pecados entre estos infieles; y aunque hubiera yo querido dar por concluídas aquellas noticias al lado de vuecelencia, al que tanto agradecimiento debo, no lo permitió el cielo, y así que daréos en ésta el resto por escrito, para que ya libre de deudas, pues que os soy deudor, pueda á la fué de mi partida y al lado vuestro, alabar vuestras finezas, y ensalzaros como merecéis, vos y los vuestros.

(1) Véanse las páginas 129 de los tomos L y LIV.

Enfermo he estado, y ésta ha sido otra de las causas que impidieron escribir antes á vuecelencia, aunque Dios quiso mejorar mis horas, volviendo á mi cerebro las buenas dotes que ahí me abonaban, aunque no falten, como V. E. sabe, algunos mentecatos cuya invidia es tan grande como su mala intincion, que me negaran las fuerzas, aun antes de llegada la hora en que pueda perderlas. Pero los desengaños han de abrirles los ojos, que siempre tuvieron tuertos, á merced de la soberbia de sus esquilmadas cabezas, y yo seguiré mientras tuviere vida, siempre el mismo; que ni los años me harán mella, ni los dardos de mis enemigos *curianos*, que no curiales ni golillas, á quienes desprecio, y Dios me tenga de su mano por esto, podrán herirme, pues que mi cerebro se encuentra á más de un palmo del más levantado testuz de los suyos.

Y con esto—que no debo olvidarme que todo rencor es malo, y más en quien, como yo, viste hábito—doy principio á mi propósito, que no es otro que dar gusto á la persona de vuecelencia, á quien tanto debo.

I

DE LAS CÁRCELES QUE HAY EN CONSTANTINOPLA PARA LOS
ESCLAVOS

La atarazana del Gran Turco es muy espaciosa y murada por la parte de tierra; no tiene más de dos puertas con guardas de noche y día. Dentro tiene ciento quarenta y seis arcos de cantería muy altos y anchos, que en cada uno se puede fabricar una gruesa galera, para lo cual hay abundancia de materiales y las oficinas necesarias; pero hay pocos oficiales que trabajen porque les pagan mal, y eso si en *lupros* de hierro plateado, de que con dificultad se pueden deshacer, y con esta mala paga les obligan á trabajar, pues aunque la mayor parte de ellos son christianos libres, los demás son esclavos de cadena.

Dentro de la misma atarazana hay un patio muy espacioso cercado de fuertes y altos muros con una sola puerta guardada de turcos constantemente que cuidan de los esclavos que entran y salen. En este patio está la cárcel de los christianos esclavos del Sultán, compuesta de tres casas muy grandes con su puerta cada una, y se cierra de noche, quedándose los guardas fuera velando. La primera destas casas se llama *Baño de la Maestranza*, porque viven en ella todos los oficiales. Otra se llama el *Baño Grande* porque es la mayor, y en ella hay más crecido número de esclavos. La tercera se llama de *San Pablo*, que es hospital, así para los esclavos como para los que sirven. En tiempos de invierno que no se navega, se ven dentro de esta cárcel más de dos mil christianos esclavos de todas naciones, sin otros mil y quinientos que, unos navegan con las galeras de Rodas, otros con las que conducen piedra para las obras Reales y otros que viven en las cárceles que hay en la ciudad. En las referidas tres casas hay capillas con altares, imágenes y ornamentos donde celebran misas, predicán y confiesan los sacerdotes esclavos.

Los antiguos Sultanes ordenaron á sus sucesores en el Imperio, con premio de bendición, ó amenaza de maldición, que á los christianos esclavos se les diesen tres vestidos de lienzo, dos de paño y un capote ó cobertura cada año; un par de zapatos al mes, *aspro* y medio de ración al día, y á los oficiales tres *aspros*, pero no se cumple ni aun en una tercera parte, porque no les dan cada año sino un vestido de sayal, lienzo para dos camisas y dos pares de sábanas, una manta de basto pelaje para dormir, ó en lugar desto un capote y un par de zapatos; y para comer, si están embarcados, diez y ocho onzas de bizcocho, y si en tierra, dos panes pequeños; de modo que admira cómo pueden sustentarse con tan poco, mas como dice el *Psalmo*: «*Cum ipso sum tribulatione.*» Dios les da fuerzas en tan grandes trabajos y los sobstiene.

Otras varias cárceles de esclavos particulares hay en Constantinopla y fuera della, y á todas se les da el nombre de *Baños*, pero cada uno es conocido por el suyo propio. En

todo son veinte y cinco, donde se dice misa administran los Santos Sacramentos; y en cada una hay ciento y cinquenta, doscientos y en algunas trescientos cautivos.

Los esclavos del Sultán que saben oficio le exercen en invierno en la atarazana; y á los que no le tienen les hacen trabajar en las obras, pero puestos de dos en dos con cadenas y con guardas porque no se huyan.

El guarda mayor de los esclavos del Rey es siempre un capitán de galera á quien llaman *Guardián Baxí*, y un teniente suyo que asiste de noche y de día con las guardas ordinarias.

Hay dos escribanos que tienen los libros de asiento de los esclavos, que el uno es turco y el otro christiano liberto.

El Sultán no suele dar libertad á los esclavos por dinero, sino de gracia por haber servido bien ó por trueque con algún turco esclavo en la christiandad; pero con todo el cuidado que con ellos se tiene se escapan muchos.

Un perverso renegado de los que hay en Constantinopla, hombre cruelísimo y lleno de maldad, decía que él jamás daría libertad á ningún christiano por viejo que fuese, porque Dios había permitido que fuesen esclavos hasta la muerte. Que mientras tuviesen fuerzas estaban bien al remo, que faltándoles el vigor para bogar podían servir de jardineros ó de hortelanos, y que estando más débiles podían ser aguadores y cuando, ni para eso ni otra cosa sirviesen, hacerlos porteros ó barrenderos de casa.

Con toda esta fiereza sustentaba aquel malvado que se habían de tratar los esclavos christianos, cuya suerte en su cautiverio es en extremo lastimosa, siendo notable que sus mayores enemigos no son los turcos, sino los que renegaron de su propia religión, convirtiéndose á la de Mahoma.

II

DEL MAJESTUOSO TEMPLO DE SANTA SOFÍA Y OTRAS COSAS

El cathólico Emperador Justiniano fué el fundador del gran templo de Santa Sofía, que, por nuestros pecados, con dolor

y lástima de los cristianos, sirve hoy al turco de mezquita mayor, á cuya maravillosa arquitectura se debe justamente llamar máquina milagrosa. Tiene de circuito casi mil pasos, que hacen una milla; por la parte de afuera su fábrica es llana, con tres puertas de bronce; los frontispicios labrados de ricas piedras artificiosamente. La mayor corresponde al Poniente, y antes de llegar á ella, hay un suntuoso pórtico con otras dos puertas muy espaciosas. La segunda mira al Mediodía y la tercera al Norte. Hubo en este grandioso edificio un campanario suntuosísimo, que, después de la entrada de los turcos, fué echado por tierra, y en su lugar pusieron tres muy altas pirámides, desde donde congregan al *zalá* (1). Lastimándose desto Eneas Silvio, después Papa Pío II, en la epístola 155, escrita á la Santidad de Nicolao V, dice: «¡Ay! que aquel templo de Santa Sofía, el más famoso del orbe, servido antiguamente por nuevecientos Sacerdotes, «de admirable arquitectura, fabricado de preciosas materias, »se halla sujeto á la vascosidad de Mahoma,» etc. Los cimientos de este templo son profundísimos, pues con estar fundado en sitio eminente, se encuentra abajo agua del mar; su planta es redonda y el pavimento está sobre columnas de diversos mármoles de todos colores, que en el invierno se cubre de esteras, á causa de que los turcos en sus mezquitas usan de más veneración y respeto que los cathólicos en las iglesias, pues se quitan las chinelas, que ellos llaman *babuchas*, y entran descalzos, siendo el silencio extremado, pues ni escupen, ni tosen, ni hablan, ni se ocupan de otros negocios, como aquéllos, de modo que, juntándose en este templo cerca de diez mil personas, parece que no hay ninguna.

El cuerpo de tan suntuoso edificio se compone de trece bóvedas, y en la mayor está el cimborrio ó gran bola de bronce, que es altísima y á la altura corresponde su espacio. Las doce restantes se hallan dispuestas en esta forma: quatro principales, que acompañan á la *gran bola*, están en cruz y las otras ocho menos altas ciñen á las quatro y cierran el círculo, dando proporción al edificio con el mayor primor.

(1) Oración.

Dentro se encuentran cincuenta y dos columnas; las quatro principales son de bronce macizo, con la altura de treinta y quatro palmos y de grueso quanto pueden abarcar tres hombres, sobre los quales está la gran bola de bronce. Las quarenta y ocho no tienen tanta altura, pero son de pórfido, de alabastro y de otras piedras finas transparentes como cristal, y todas las basas de ellas son de bronce, trabajado exquisitamente.

Sobre estas columnas hay un pavimento y encima una Iglesia, no tan grande como la de abajo, porque está en la forma que comunmente se usa el fabricar los Coros sobre las Iglesias, desde cuyos ricos balcones de pórfido se ve la altura y la profundidad de la gran bola por todo el circuito; y así en esta iglesia como en la grande de abajo se conocen las señales de donde quitaron los turcos los altares y duran aún sepulcros de pórfido y mármol con sus epitafios é insignias del tiempo de christianos, y uno que tenía esculpida una cruz se decía era del maestro artífice que hizo obra tan insigne y primorosa.

Á esta iglesia se entra por dos puertas que hay en las paredes de los lados del portal principal de Poniente, donde están dos espaciosas escaleras hechas como caracol, tan anchas y llanas que pudieran subir coches por ellas. Sobre el pavimento dicho hay otras cincuenta y dos columnas que corresponden á las de abajo. Son de poco menos altura que aquéllas y de piedras del mismo valor, y encima existen otras bóvedas en que está fabricada tercera iglesia sobre columnas y arcos en circuito de la gran bola, no sobre paredes, y se sube á ella por las escaleras dichas, siendo menor que la segunda porque no comprende las ocho bóvedas, sino las quatro mayores cuyo pavimento también remata á la entrada de la gran bola, la qual tiene la profundidad y altura de todas tres; y en esta última, que es la más alta, hay otros balcones de pórfido algo menores que los bajos. Sobre este pavimento están otras veinte y seis columnas más pequeñas que las otras, pero muy exquisitas y puestas de modo que cada una corresponde en medio de dos de las de abajo y acompañan la bóveda mayor dentro de la qual se ve asimis-

mo un corredor de pórfido con sus barandas que abraza todo el circuito.

La superficie superior desta soberbia máquina está cubierta de planchas de plomo, y su glorioso fundador el Emperador Justiniano dejó en lo alto de ella una magnífica imagen del Padre Eterno, de especial labor mosayca, de tal tamaño que ocupaba todo el hueco de la bóveda, con unos serafines que á los lados le adoraban; pero la codicia infame de unos judíos descubrió que la cubierta que estaba sobre esta imagen, reputada por de plomo, tenía mucha liga de plata, y ofrecieron al Sultán treinta mil cequíes de oro por ella, obligándose á ponerla otra vez como antes estaba, pero de plomo, y el avaro Príncipe lo concedió con gran sentimiento de los christianos, al ver quitar tan peregrina imagen del Salvador.

Las murallas están guarnecidas de pórfido y otras piedras de valor, salvo las paredes de este hermoso templo en que se hallan figuradas imágenes de Christo, de la Virgen y de los Santos, que son infinitas, todas á lo mosayco, de las quales las que han podido los turcos alcanzar desde el suelo, han maltratado mucho, quitando á unas los ojos, á otras los brazos y así otros miembros, en oprobio de nuestra cathólica Religión, pero aquellas á que no han podido llegar permanecen enteras y bellísimas. El púlpito donde se predicaba nuestra sagrada Ley, es de pórfido muy rico; no está sobre columnas, sino separado de la pared, y se sube á él por una escalera de la misma piedra; pero hoy, por nuestra desgracia, se explica en él el Alcorán de Mahoma. Hay tantas lámparas, unas de bronce y otras solo de vidrio, adornadas con huevos de avestruz, que apenas puede verse el techo del edificio, pues así lo acostumbran los turcos en sus mezquitas, pero sólo arden en las fiestas y quando de noche hacen el *zala*.

Tiene un claustro bello y espacioso que corresponde á Norte y Poniente, cuyos muros son de cantería ordinaria con la cubierta de mármol negro, al qual se entra por tres puertas grandes que caen á la calle, mirando una á Mediodía, otra á Poniente y otra al Norte, y aquí hay un jardín con frutales y otros muchos árboles. Antes de la puerta prin-

cipal, que es la que mira á Poniente, hay una hermosa fuente de buena agua, fabricada en forma de arca con unos ocho caños para que se laven los turcos, con lo qual piensan que expían sus pecados antes de entrar en lo que fué templo á hacer el *zalá*.

En el claustro ya dicho se encuentran cinco capillas, fundadas por cinco Sultanes que están enterrados en ella con sus Reynas ó Sultanas, hijos é hijas, en sus urnas de pórfido ó mármol, y cada una está cubierta de terciopelo negro, sin dosel, porque aquellos Príncipes ni aun en sus Palacios le usan. Tiene cada sepultura de los Sultanes y Sultanas dos cirios gruesísimos de cera blanca puestos en sus blandones de bronce á la cabecera y á los piés dellas, que encienden en sus fiestas principales; y en las de los Sultanes y sus hijos varones están puestos los turbantes que en vida traían con sus penachos, en unas á modo de cabeceras que tienen hechas de piedra mármol, y los mudan cada viernes, que es su fiesta.

Dichas capillas no son hermosas por la parte de fuera, pero tienen muy buenas puertas, chapeteadas perfectamente de bronce; en las ventanas rejas maravillosas del mismo metal, y la techumbre es dorada y labrada con mucho artificio, aunque las paredes son sólo de cantería común, y sin colgaduras, porque los turcos de ninguna manera las usan. El suelo está cubierto de esteras y sobre ellas ricas alfombras. Las lámparas—como ya va dicho—son de bronce y de vidrio, porque no acostumbran gastarlas de plata como los christianos. En cada una de estas capillas quedan de guarda, ordinariamente, dos Ministros de su ley, que ellos llaman *Cogía*, asalariados, para acudir á su cuidado y limpieza y rogar á Dios por aquellas almas; están continuamente sentados en las puertas de las capillas, leyendo siempre en ciertos libros, meneando la cabeza ya á un lado, ya á otro, como acostumbran los *Tervises* y *Cogías* turcos, que son sus Religiosos, y de quienes ya haré mención.

No puede dejarse de referir un extraño caso de aquella gente, y es que quando murió Nasuf-Baxá, hierno del gran Sultán, de quien hablaré á lo último deste escrito, por ser historia curiosa, dejó, entre otros caballos, uno que estaba

siempre con la cabeza en continuo movimiento, como los guardianes referidos, por lo que le llamaban *Marabut*, que es lo mismo que *Religioso*; y todos los turcos de Constantinopla tenían á este animal por Santo, creyendo que no comía, sino que siempre estaba alabando á Dios, por cuya causa era muy estimado y visitado por multitud de dichas gentes, de tal forma, que aun su mismo dueño jamás quiso servirse de él. Muerto éste, Mahamet-Baxá, su cuñado, que estaba casado con otra hija del Sultán, habiendo quedado de Presidente ó primer Visir, en lugar del difunto, tuvo modo de hurtar aquel caballo. El Sultán tenía noticia de la fama de él, y como se le hubiese adjudicado toda la hacienda de Násuf, era, por consiguiente, suyo; supo que el caballo, en su opinión tan precioso, faltaba y que le tenía su hierno, y luego le envió á llamar muy airado, con ánimo de hacerle cortar la cabeza, de que avisado Mahamet, tuvo la discreción de hacer creer á su suegro que le había guardado y reservado para S. A., porque alguno no le robase cosa tan estimable, con cuyo engaño pudo escapar de su ira, que acaso no le valió menos que la vida.

De otro caso notable es preciso dar individual noticia, y fué que al tiempo de entrar el Sultán en el templo de Santa Sofía á hacer el *zalá*, un turco religioso de su ley, de que ya va dicho llaman *Tervís*, se arrimó quanto pudo á él y le disparó una gran piedra con ánimo de matarlo, para lo que faltó muy poco, pero no le dió, y prendiéndole al instante y presentado al Rey en el mismo templo, preguntándole cómo ó por qué causa había cometido tan atroz delito, respondió con mucha serenidad y entereza que Dios y la razón se lo habían inspirado; que le pesaba en el alma haber errado el golpe, pues su intención fué el matarlo, porque era cosa lamentable que tan grande monarquía estuviese sujeta al gobierno de un hombre tan incapaz y sin valor como él, y que aunque sabía con evidencia que había de morir, no le pesaba tanto de ello como de no haber logrado sus deseos, mas que le advertía y aseguraba que lo que había faltado por él, no faltaría en breve por la mano de Dios.

De este suceso y amenaza quedó tan atemorizado el Sul-

tán, que apenas pudo hacer la oración y mandó remitir al *Tervís* á la justicia. Ésta, usando como siempre cruelmente con tales reos, le dió muchos y muy atroces tormentos, y al fin la muerte. Se dijo que le movió á tan horrible designio el despecho de que habiendo venido á la corte y asistido en ella muchos meses á pedir justicia de ciertos agravios recibidos de los Ministros Reales, no sólo no lo había conseguido, pero ni aun podido dar un solo memorial, lo que comprueba lo dicho en este punto.

III

DE LA CIUDAD DE PERA Y SUS IGLESIAS

Se halla puesta en la Europa la ciudad de Pera, que los turcos llaman *Galatá*, á la otra parte del puerto que mira á Constantinopla. Tiene sus murallas cercadas de foso y su circuito compondrá una legua poco más, con nueve puertas, las quatro por la parte de tierra y cinco miran al puerto, de las cuales la principal se llama de *Topaná* porque desde ella casi se entra en una gran plaza de aquel nombre, donde está una famosa mezquita que fabricó el renegado *Suchalí*, y en este sitio se halla la fundición de la artillería de bronce. Otras dos puertas miran al Norte, y en medio dellas hay una alta y fuerte torre que señorea el pueblo. Otra mira á Poniente y está junto á la atarazana, cuyas puertas se cierran de noche y las guardan de día genízaros, y en ellas se cobran los derechos de los efectos que entran y salen, de que se hace gran contratación, pues en su puerto se descargan las muchas naves que van de las partes de Poniente, por cuya causa viven allí todos los mercaderes christianos y no en Constantinopla, y hay su Aduana formal.

Los genoveses fueron en otro tiempo dueños de esta población, de que en el día hay señales en algunas puertas de las casas, pues están en ellas esculpidas sus armas: es común

opinión que primero ganaron los turcos á Constantinopla que á Pera, la qual después se rindió á partido con la condición que no la saqueasen y dejasen vivir en su ley cathólica sin tocar á las iglesias, todo lo qual les concedió el Sultán con mucha benignidad, pero después de hecha la gracia les dijo: «Yo ya os he concedido todo quanto habéis pedido; »ahora quiero pedirlos á vosotros una cosa y es que me deis »una de vuestras iglesias, la que vosotros queráis.» Y no pudiendo negarse á ello, deliberaron darle una que había separada de las ocho que tiene la ciudad, sin embargo de que era la mayor, más rica y convento de Santo Domingo con la advocación de San Pablo, porque si se hubiese dado á los turcos otra de las ocho que están juntas, son tan malos vecinos que en poco tiempo se hubieran alzado con todas, y así no hay otra mezquita dentro de la ciudad sino la referida, que fué iglesia de San Pablo, porque las otras que tienen están fuera de los muros.

Las mencionadas ocho iglesias permanecen actualmente por particular merced de Dios á causa de que los moriscos que de España aportaron á vivir á Constantinopla, las pidieron para hacerlas mezquitas, ofreciéndose al primer Visir una fuerte suma de dinero porque se les concediese; mas aunque aquel Ministro venía en ello por la codicia, los Embaxadores christianos de Alemania, Francia y Venecia hicieron instancia al Visir diciéndole que quitando las iglesias á los cathólicos era una verdadera expulsión de ellos y quebrantar la paz que había con el Emperador, Rey y República, con lo que el Visir desistió de su dañado intento.

La principal de dichas iglesias y la más grande es la de San Francisco con su convento, donde viven ordinariamente, entre sacerdotes y legos, diez religiosos que celebran los oficios divinos con órgano como si estuviesen en la christianidad, pero no se les permiten campanas, que á la verdad no hacen falta, porque como los christianos saben las horas á que han de acudir, asisten con tanta puntualidad como si las hubiera; celebran la fiesta del *Corpus* con mucha solemnidad, cuelgan la iglesia y dos de los claustros por donde pasa el *Santísimo* con gran ornato, á cuya fiesta asisten turcos, ar-

menios, griegos y de todas naciones, de que vuelven admirados. Hay otra iglesia con la advocación de San Pedro, otra de San Jorge en que viven quatro ó seis religiosos franciscos menores observantes, donde reside el Vicario patriarcal que envía Su Santidad, como que es de la misma religión, uno de los quales fué martirizado por los turcos con otros quatro padres, años pasados, á causa de un falso testimonio que les levantaron algunos moriscos de España diciendo que eran espías de Su Majestad Cathólica.

Otra iglesia se nombra de San Benito, donde viven seis Padres de la Compañía de Jesús, que predicán en los idiomas griego y latino y tienen escuelas de gramática, artes y otras ciencias, en que hacen mucho fruto.

Otra existe de San Juan Bautista con hospital para los enfermos cathólicos, servida de frailes de San Francisco.

Otra hay con la advocación del bienaventurado San Antonio Abad, que hace muchos milagros, por lo qual siempre está llena esta Iglesia de gente de todas naciones, y, entre ellas, muchos turcos y turcas, así de día como de noche; y hay en ella una fuente, á cuya agua llaman los griegos *ayasma*, que quiere decir en nuestra lengua *agua santa*, porque lavándose los enfermos en ella sanaron algunos.

Otra se intitula de San Sebastián, y así esta como la de San Antonio, se hallan servidas por religiosos franciscanos. Otra de Santa Ana, donde está la Congregación de caballeros cathólicos de Pera, junta con el Convento de San Francisco y servida por sus frailes. Favor grande de Dios, por cierto, que á vista de los turcos se predique su palabra y celebren los oficios divinos, como si estuviesen dentro de Roma.

IV

DE LOS GRIEGOS Y SU IGLESIA

También tienen sus iglesias los griegos y armenios, dentro y fuera de Constantinopla, donde celebran según sus ritos,

sin contradicción alguna, pero no se puede enterrar en ellas, ni en las de los cathólicos, porque los turcos no lo permiten ni para ellos ni para ninguna nación, y así todos los difuntos se llevan á un cementerio que tienen los christianos en el campo.

No se pueden bien pensar las miserables almas christianas que se pierden por seguir el rito griego, porque, á la verdad, son unos esclavos de los turcos, que á muchos dellos los venden por tales en otros países, esto sin contar otros desmanes que por abominación no se dice; y si algunos son ricos, no paran sus enemigos de perseguillos, hasta que, con sus cavilaciones turquescas, les quitan la hacienda y la vida.

Por la parte de Europa y en las islas del Archipiélago muchos griegos casan sus hijas con turcos, con el diabólico pacto de que los hijos que tengan han de seguir la Ley del padre y las hijas la de la madre.

La Iglesia griega padece la mayor opresión del turco, que es quien provee el Patriarcado en el que mejor se lo paga. Tres años hace que se mudaron tres Patriarcas en muy poquísimos tiempo, pues estando el primero en posesión de él vino el Patriarca de Alexandría, y dándole 25.000 cequíes de oro, desposeyó á aquel y puso á éste; y viniendo otro, que dió 30.000 cequíes, le dió el Patriarcado, deponiendo á aquél.

Los Patriarcas no tienen renta alguna, por lo cual venden los Arzobispados, Obispados y Curados; y los que los compran venden después los Santos Sacramentos; de manera que si va un penitente á confesarse le pone el confesor el precio á la absolución, señalado él mismo la simonía. En este miserable estado se halla la Iglesia griega, y lo peor es que la mayor parte de los griegos aborrecen mortalmente á los cathólicos, á quienes llaman *perros francos*, injuria que entre sí usan; y más quieren estar sujetos al turco, con todos los agravios que padecen, que al Papa y Príncipe cathólico, siendo tan perversos, que quando puede huir algún esclavo christiano latino por tierra ellos los rastrean y persiguen, por ganar diez escudos que se acostumbran á dar por cada uno á quien le reduce al cautiverio; y además de esto, mu-

chos de ellos desean tener á los hermanos y aun á los hijos de genízaros, para que los favorezcan y amparen en las injusticias que padecen los turcos.

V

DE LA CIUDAD DE JESULIBE DEL GRAN-TÁRTARO Y SU CORTE

Es la corte del Gran-Tártaro, á quien el Sultán llama *hijo*, y es su protector; de modo que si faltara sucesión á la casa Othomana, entraría la de este Tártaro en el Imperio de Constantinopla. Cada año le hace el Gran-Turco un presente de doscientos mil cequíes de oro, con dos naves cargadas de bastimentos, como arroz, legumbres y otras vituallas que no hay en la Tartaria, con muchas piezas de seda y paños finísimos para su persona y palacio. También le envía de otro paño más basto que llaman *Abba*, para vestir la tropa por no haberlo en sus Estados, ni tampoco lienzo si no le va de fuera, por cuya causa, su mucha pobreza, y ser país muy frío, andan así hombres como mujeres vestidos de pieles de corderillos.

Tiene obligación el Tártaro de obedecer al Gran-Turco, servirle con cien mil hombres siempre que fuere requerido contra cristianos, porque si es contra turcos, sólo debe dar treinta mil.

En los Estados de Moscovia entraron los años pasados destruyéndolos y saqueándolos, de modo que hicieron esclavos más de treinta mil personas christianas del rito griego. También entraron en el Reino de Polonia, muchas leguas dentro de tierra hasta cerca de Cracovia, que es la corte, con más de cien mil hombres de guerra, y hallándose desapercibidos los polacos por estar ocupados con el moscovita, hicieron una presa considerable de mujeres y muchachos, que pasó de veinte mil, quemando y talando quanto encontraban; de manera que en aquel tiempo era tanta la abun-

dancia de esclavos que había en Constantinopla de aquellas naciones, que los vendían á quatro y á seis ducados, y no hallando quien los comprase á dinero, los trocaban por ropas de vestir y otras cosas.

Aunque los tártaros son mahometanos no guardan ley alguna, viven como bestias; no atienden más que á hurtar, comer y beber, y son tan carnales, que no perdonan á las muchachas esclavas, aunque no sean más que de siete á ocho años.

Quando salen á campaña, ponen la carne cruda entre el caballo y la silla, y corren hasta que se calienta y arroja la sangre, y con sólo esto se la comen. Su aspecto es rústico y su proceder inhumano, sin fe, palabra ni religión, y en fin, unos salvajes.

Tienen en aquellas provincias abundancia de todo género de ganado; y así, comen más carne que pan, y venden los cueros y lanas á poco precio á los mercaderes de Constantinopla. Abunda de buena manteca de vacas y de pescados salados y frescos; pero tienen poco pan y vino, de que les precisa proveerse de los Estados del Turco.

Son gentes que no tienen oficio alguno ni quieren trabajar, sino vivir como las aves de rapiña; y quando muchas veces les falta la comida, marchan en tropas de á quinientos y más juntos, armados á caballo á hacer correrías por las partes de Georgia, Circasia, Mingrelia, Roxia y otras, todas tributarias del Gran-Turco, quien lo disimula sin darse por entendido, y se llevan las gentes que encuentran del rito griego, hombres, mujeres y muchachos, atados á tres y cuatro juntos á las colas de los caballos para venderlos por esclavos.

Quando el ejército tártaro entra en los Estados enemigos, usa de este orden. Luego que está dentro cosa de diez leguas, planta sus reales en campaña y se divide en cinco escuadrones: uno queda en guarda del Estandarte Real donde después se han de juntar todos, y los quatro restantes se dividen cada uno por su lado, marchando por Oriente, Poniente, Mediodía y Norte, á saquear, talar y quemar la tierra. Los de Polonia y Roxia, que ya saben este modo de

guerrear de los tártaros, aunque estén asegurados de que se hallan dentro de sus tierras, no les acometen hasta que saben por espías que tienen entre los mismos tártaros dónde están á punto fijo, y entonces no lo hacen por los cuatro rumbos que tomaron, sino por un intermedio hasta que llegan al Real, y cerrando con el escuadrón de esta parte, le vencen y ocupan su lugar, y al tiempo que vuelven los otros escuadrones desordenados con lo que han podido robar, como ven sus insignias, entran descuidados, dan en las manos de sus enemigos, que hacen en ellos una cruel carnicería.

VI

DE LOS ROXIOS, VASALLOS DE POLONIA, Y SU EXTREMADO VALOR

Llaman así á los naturales de Roxia, vasallo del Rey de Polonia, que habrá algunos años se rebeló una parte de ellos contra aquella Corona, y se fueron á vivir á la ribera del río *Taná*, que entra en el mar Negro, en un sitio rodeado de lagunas, donde fundaron una populosa ciudad que llaman *Pragoro*, á la cual acudió tanto concurso de gentes de aquella nación y de otras, que actualmente se pueden sacar de ella hasta 40.000 hombres de guerra, yendo cada día en aumento, porque todos los extranjeros pobres que allí se refugian hallan quien les dé de comer y vestir, con las armas necesarias, señalando por plazo para la paga cuando vuelva de la primera expedición con el ejército, de la presa que siempre se prometen segura de los Estados del Turco; pero si muere el deudor en la guerra es pacto expreso que quede libre de la deuda, aunque sea cathólico, para descargo de su conciencia.

La ciudad es inexpugnable por su situación, y habiendo hecho comunidad entre sí, eligieron un Príncipe que hiciese de superior y cabeza de todos, quien con voluntad de ellos

mismos ordenó que no se pudiese traer mujer alguna á aquella gran población hasta que estuviese del todo acabada, sino que entretanto las tuviesen en los lugares inmediatos para poderlas acudir con lo necesario.

Estas gentes, á quienes los turcos llaman *cosacos* por desprecio, son valientísimos soldados, y muy á propósito para pelear con los turcos y tártaros, porque tienen más industria así en mar como en tierra. Usan de ciertas barcas, que ellos llaman *Sayques*, que navegan en tan poca agua, que los turcos, sus perseguidores, no pueden entrar con sus galeras y fragatas donde ellos están; mas los roxios suelen armar doscientas y á veces trescientas de sus sayques, y con ellas corren libremente por el mar Negro, saqueando y robando cuantas tierras y países pueden correspondientes al Turco, de tal forma, que ha habido ocasiones que han llegado con su armada hasta diez leguas de Constantinopla, y por dos veces atravesaron todo el golfo, que tiene setecientas leguas, y fueron á saquear las ciudades de Sinape, Cafá y Travison-da, donde encontraron muchas riquezas, con lo que quedaron vengados á su satisfacción de los muchos agravios que les habían hecho los turcos y tártaros. Han puesto al Sultán en tal confusión y con tan gran temor, que tiene galeras de guardia á la boca de aquel mar en los tiempos que está navegable, recelando siempre se atrevan á su misma capital, porque se han hecho dueños de esta navegación, y han tomado tanta artillería y municiones en tierra del Turco, que han tenido para fortificar su ciudad ampliamente y mucho más.

Las presas que hacen, así de dinero como de ropas y otras cosas, las dividen en tres partes: la una se aplica á la construcción de la ciudad, y de las otras dos se hacen seis, la una para su Príncipe, y las cinco se dividen entre todos los soldados; así los que quedan en tierra como los que andan por la mar, con la mayor igualdad, pues en todo se tratan como si fueran hermanos.

Diversas veces se ha quejado el Gran-Turco de estas gentes al Rey de Polonia, quien respondía que los roxios eran unos rebeldes y verdaderos bandoleros, y que no podía con

ellos por la distancia y fortaleza de su habitación; que así, remitía su castigo á las manos del Sultán como más poderoso para proceder contra ellos, según merecían; con esta respuesta se determinó el Turco á enviar cada año una armada de galeras, galeotas y fragatas, y también ejército por tierra hacia el río Taná á castigarlos, pero jamás les han podido ofender; ellos sí, pues embistiendo á la escuadra turca les han tomado varias veces muchas naves, degollando cuantos turcos han habido á las manos, porque ellos no quieren esclavos.

VII

DE LOS CATÓLICOS DE CAFÁ, ISLAS DEL ARCHIPIÉLAGO Y SUS OBISPADOS

Diez leguas de Cafá, tierra adentro, en una villa del Tártaro, se hallan como unas 50 casas de christianos cathólicos descendientes de genoveses, del tiempo que señorearon aquella ciudad, los cuales padecen infinitos trabajos, así de cuerpo como de alma; porque sucedió que un capellán que tenían, fraile de cierta religión, separándose del gremio de nuestra Santa madre Iglesia, se casó bárbaramente, dejando aquella pobre gente desconsolada, afligida y escandalizada de tal infamia, que tuvo mil circunstancias, con cuyo motivo escribieron al Embaxador de Francia, que estaba en Constantinopla, suplicándole los remediase en aquella necesidad, para que no se perdiesen tantas almas, hallándose desamparadas en medio de tan fieros enemigos de la fe, y el Embaxador lo hizo del mejor modo que pudo.

En Constantinopla, Pera y otros pueblos hay muchos christianos con comodidad de vivir como tales, pero padecen infinitos agravios de los turcos, de modo que si no les favorecieran los Embaxadores christianos, ha mucho tiempo que hubieran perecido.

En las islas del Archipiélago residen bastantes cathólicos

en seis diócesis: la de la isla de Navia es arzobispado que tiene 1.000 escudos de renta cada año y muchos feligreses, así clérigos como seglares.

El obispo de la isla de Milo, por no haber ya en ella católicos, dejó su iglesia y se fué á Roma.

La isla de Tino, que pertenece á la república de Venecia, es obispado.

La de Andro también lo es, y tiene algunos clérigos y muchos cathólicos, y renta 600 escudos.

La de Santorini es obispado con muchos cathólicos y algunos clérigos, y renta 400 escudos, habiendo en ella un convento de monjas dominicas.

La isla de Xío es asimismo obispado con muchísimos cathólicos, clérigos y seglares; pero está tan pobre porque los turcos han usurpado sus rentas, que Su Santidad tiene que mantener siempre al obispo. Hay en ella dos conventos, de Santo Domingo y San Francisco, con sólo cuatro frailes cada uno, y casa de la Compañía con ocho ó diez padres, quienes predicán y enseñan en las escuelas que tienen, con mucho aprovechamiento de los estudiantes griegos y latinos que concurren á ellas en gran número.

Los cathólicos viven en una continua opresión de los turcos, suplicando siempre á Dios que mueva los corazones de los Príncipes cristianos, especialmente á la majestad del Rey cathólico para librarlos de la servidumbre que padecen, sucediendo lo mismo á los griegos domésticos de Corinto, Morea y reino de Chipre, que esperan como los Santos Padres en el Limbo diciendo: *veni Domine, veni Domine, et noli tardare*. Aunque yo creo que tendrán mucho que esperar.

VIII

DEL CANAL DEL MAR NEGRO Y OTRAS COSAS

Desde Constantinopla hasta la boca del mar Negro hay un canal llamado por los historiadores *Ponto Usino*, ó mar Mayor, que tiene de longitud ocho leguas; y á tres de la ciu-

dad están las torres que los christianos llaman del mar Negro y los turcos *Culadá*, con una gran cárcel donde el Sultán tiene presos los Príncipes y distinguidos caballeros christianos, con otros personajes que caen en cautiverio, guarnecida de mucha artillería para en guarda de aquel paso.

Tiene de ancho el canal por todas partes como media legua, y está poblado de villas y aldeas, así por la parte de Asia como por la de Europa, y sus riberas con muy buenas viñas, lindos jardines y huertas abundantes de todo género de frutas, frescas aguas, pan, carne, pesca, y en él se coge con abundancia un pez que llaman *espada*, muy bueno; de modo que en verano es de mucho recreo navegar por las riberas de este canal con una barca.

En su boca por la parte de Europa hay una torre altísima con su linterna para señal de los baxeles que entran, principalmente de noche, porque no hay puerto cerca, y si no aciertan con la boca dan al través, porque es muy estrecho y se engañan fácilmente.

Delante de dicha torre está sobre un escollo del mar una pequeña columna que llaman de Pompeyo por creerse que él la puso allí, pero lo más seguro es que se erigió antes que se pusiese la linterna para señal de los bajeles, y no por aquel famoso romano.

El mar Negro tiene setecientas millas en cuadro para todos vientos, que hacen doscientas treinta y tres leguas, y el llamarse *Negro* es porque siempre suele estar tan oscurecido de niebla, que algunas veces acontece no verse unos á otros aunque estén juntos, no pudiéndose navegar desde el mes de Noviembre hasta el de Abril; y los que se arriesgan á hacerlo suelen perecer porque no tiene puerto ni otra salida que por el canal de Constantinola.

Esto por lo que atañe al mar Negro.

Poco há que ha entrado un Embaxador de Alemania con doscientos carros de campaña cargados, acompañado de mucha nobleza; y también otro de Persia, que entre los de su familia y gente principal que le acompañaba, hacían el número de cerca de mil personas, con quinientos y sesenta y cinco camellos cargados.

Á estos Embaxadores quiso hacer ver el Sultán su poder y grandeza, para lo cual salió de Constantinopla con pretexto de ir á caza tres leguas de ésta, á un pueblo que llaman *Dauxbaxá*, siendo su designio hacer á la vuelta una ostentosa entrada, y con efecto la ejecutó por la puerta de Adrianópolis, con toda su corte formada y demás de cuarenta mil hombres entre infantes y caballos. En el ventanaje y en la calle mayor por donde había de pasar había un gentío inmenso, pero no mujeres porque se publicó bando para que ninguna pareciese, y también asistieron á verle los Embaxadores, y el de Persia hizo cubrir el suelo de la calle de la casa donde estaba viendo las funciones, de brocados, terciopelos y damascos para que pasase el Sultán por encima, y luego que pasó á caballo, todo lo arrebató la plebe.

Después de hecha esta entrada no quiso admitir á la audiencia al Embaxador del Emperador aunque había llegado el primero, sino al de Persia, porque es de su misma secta; y con efecto, fué á Palacio con las ceremonias acostumbradas y un grandísimo regalo.

El Embaxador de Alemania fué después á besar la mano al Sultán, no la *veste*, cuya distinción se le hacía por ser Embaxador de Emperador, llevando asimismo un rico presente.

Antes solían los Sultanes corresponder con otros regalos á los Embaxadores, pero se derogó esta buena costumbre, así como la de la manutención, que á lo menos á los Embaxadores de Francia, Hungría, Inglaterra y otros se les costeaba, y ahora sólo se les da heno para los caballos y leña para las chimeneas, mas con la pensión de regalar á los portadores con más de lo que importa lo que llevan.

Por esta causa el Embaxador de Francia no quiso recibir nada, diciendo que su Rey le daba todo lo que necesitaba. Se acabó ya el tiempo en que los turcos apetecían la paz, y por consiguiente hacían mucho caso de los pocos Embaxadores que iban á su corte; al presente hay ya muchos, y por lo mismo los aprecian poco y despachan muy mal sus negocios; de modo que si alguno quiere librar algún esclavo de su nación injustamente cautivado, de que hay bastantes, ó

conseguir otra gracia del primer Visir, del Caymacán, que es su teniente, ó del General de la mar, ha de ser precisamente por medio de grandes regalos, y no de otra manera. Y puesto que vuelvo á hablar de esclavos, bueno es advertir que aunque reniegan de éstos muchos christianos, no por eso quedan libres, como lo creen en España y otros reinos, sino que queda al arbitrio de su dueño darles ó no libertad, y cuando un turco tiene un buen esclavo christiano y recela que se le ha de huir, le hace casar con mujer cathólica ó christiana griega, con cuya cautela le da carta de libertad, pero con la condición de que le ha de servir diez ó más años, en cuyo tiempo no puede vivir fuera de la cárcel de los esclavos sin embargo de estar casado, á menos que no dé fianza de no huirse, y cuando llega el tiempo de navegar, ó ha de poner un remero en su lugar, esto es, consintiéndolo su dueño, ó ha de ir él.

IX Y ÚLTIMO

DE LA VIDA Y MUERTE DE NASUF-BAXÁ

Fué nacido en una villa de Asia, hijo de un christiano griego. Después de hecho turco Nasuf, se vino á Constantinopla, donde logró el cargo de jardinero del Sultán, y conociéndole los Ministros por hombre de buen entendimiento y de valor y disposición para las armas, le pusieron de manera en su gracia, principalmente el eunuco mayor de palacio que le favoreció con su intercesión y dinero, que pudo conseguir se le hiciese Baxá de Diarbequir, en la provincia de Mesopotamia.

Después que gobernó algún tiempo, como los empleos que da el Sultán son por el tiempo que él quiere, y en esto sucede lo mismo en nuestra patria, aunque con menos exceso, por haber tantos *Sultanillos*, envió á otro en su lugar, de que se sintió tanto Nasuf, que determinó rebelarse contra su señor, y se puso en campaña discurriendo por toda la

Asia con el mayor furor, saqueando y arruinando muchas ciudades populosas, y otros infinitos pueblos, de manera que dejó destruída toda la tierra por donde anduvo, tanto que aseguraron unos mercaderes persas que por ella pasaron, que habían caminado á veces quince días sin hallar habitación ni hospedaje, siendo tal su avilantez, que sin miedo alguno vinieron hasta cerca de Constantinopla por la parte de Asia, pues duró más de ocho años esta rebelión.

El Visir que entonces había, salió varias veces contra Nasuf y su gente con mucha tropa, pero nunca pudo hacer nada, hasta que por último los engañó con un perdón fingido, pero no á Nasuf, quien sin duda lo penetró y huyó. Vinieron, pues, al llamamiento del Visir como unos seis mil de los rebeldes, todos confiados en la promesa, y cogidos en medio del ejército real los mandó hacer pedazos, aunque algunos vendieron bien caras sus vidas.

Después de tan alevosa acción y cruel carnicería ocurrió la guerra de Persia, á la cual fué Nasuf, habiendo alcanzado perdón por medio de poderosos empeños, y viendo el General lo bien que se portaba y que era hombre en quien concurrían las cualidades necesarias para sucederle, hallándose ya viejo y enfermo, pensó en que quedase Nasuf por General del ejército si él moría, y así se lo escribió al Sultán, añadiendo que convenía mucho á S. A. y al Estado el servirse de él, y estando muy agravado el General, hizo llamar á los de su Consejo y capitanes principales á fin de que admitiesen por su General á Nasuf, muerto él, pues así convenía al Rey su amo; ellos, aunque de mala gana por ser Nasuf cruel y soberbio, aceptaron.

Murió, al fin, el General, y quedó en su lugar Nasuf, quien escribió inmediatamente al Sultán dándole cuenta del estado de las cosas, á que le respondió con mucha benignidad, confirmando la elección y haciéndole primer Visir, y al mismo tiempo le envió, como se acostumbra en tales ocasiones, una rica espada con una vestidura especial de brocado, dándole aviso de que le había casado con una hija suya.

Viéndose ya Nasuf primer Visir y Capitán general del Ejército, se mantuvo algún tiempo en los confines de Persia,

tratando de hacer paces con este Soberano, aunque se decía eran simuladas; hechas, en fin, se volvió con el ejército á Constantinopla para casarse con la hija del Rey, llevando consigo un Embaxador persa con grandes y ricos presentes para el Sultán, y entró Nasuf en aquella capital con grandísima ostentación y aparato, y doscientas y sesenta y cuatro acémilas cargadas de moneda en oro y plata, todo suyo.

Mahamut-Baxá, hijo del renegado Cígala, era Gobernador en los confines de Persia, y decía que la paz que había tratado Nasuf era falsa y contra el Sultán, y que el Embaxador persa que había llevado era por engaño y cautela, lo que se verificaba en ver que los persas, no obstante la paz, corrían la tierra del Imperio, á más de que, aunque Mahamut había escrito sobre ello al Visir Nasuf varias veces, nunca tuvo respuesta. De todo coligió que tenía trato doble con el enemigo, y se resolvió á ir á Constantinopla. En el camino encontró un *Chiaux*, que es lo mismo que alguacil real, enviado por Nasuf con cartas para ciertos sujetos de los confines de Persia, y deseoso Mahamut de verlas, le convidó de industria á que se quedase en su compañía aquella noche, y así lo hizo el correo. Mahamut mandó le diesen de cenar espléndidamente y que se echase en la vianda cierta cosa para hacer dormir profundamente, la cual obró, y entonces tomó las cartas y halló en ellas la traición que sospechaba, y, ufano Mahamut con el hallazgo, hizo matar al correo, y prosiguió su viaje á Constantinopla con las cartas. Llegó á Scutaret, en Asia, cerca de aquella ciudad, desde donde escribió al primer Visir, quien le respondió que no entrase en la corte, pues había venido sin licencia. Volvió Mahamut después de tres días á pedir licencia, y entonces le dijo el Visir que si quería entrar le enviase treinta mil cequíes de oro; pero hallándose casado Mahamut, aunque hasta entonces no había consumado el matrimonio, con una hermana del Sultán, y sabiendo que su marido estaba tan cerca y no iba á verla, se resolvió á hacerlo ella.

Enterada, pues, del agravio que hacía el Visir á su marido y del asunto tan importante que tenía que tratar con el Sultán, se partió luego á hablar á su hermano, quien habiéndola

oído grata y atentamente, envió de noche con mucho secreto la fragata real para que condujese á Mahamut, y entró por una puerta falsa, sin ser visto, en Palacio.

En las cartas que mostró al Rey se vió claramente la traición del Visir Nasuf, y Mahamut se volvió donde estaba, disimulando por algunos días.

El Sultán, entretanto, trazó el modo de quitar la vida al traidor, recelando no se pasase á la Asia, donde tenía mucho partido. Pensó en darle muerte en el Consejo; pero Nasuf, ó por indisposición ó por algún recelo, faltó de él tres días, y preguntando el Sultán que cómo su primer Visir no iba al Consejo, se le respondió que estaba enfermo. Entonces resolvió fingir que quería visitar á su hija, mujer de Nasuf, á su casa, y mandó se pusiese una carroza con las cortinas corridas, de modo que se creyese que iba en él el Rey, y ordenó que fuese un Secretario con algunos criados de Palacio, hombres de valor y fortaleza, y un decreto por el cual le mandaba entregar el sello real de su oficio de primer Visir, y en otro decreto le pedía la cabeza.

Llegaron, pues, á casa de Nasuf, que ya estaba cercada con dos mil hombres, creyendo que iba el Sultán, y entrando el Secretario y los que le acompañaban, iban cerrando las puertas, hasta que llegaron al aposento donde estaba, y hallándose en su compañía dos eunucos, los hizo salir el Secretario inmediatamente; y haciéndole una sumisa reverencia, le entregó el decreto real en que se le pedía el sello. Nasuf, maravillado, dijo: «¿El Gran-Turco tiene, acaso, otro más benemérito que yo para ejercer el oficio de primer Visir?» Y entregó el sello. Luego se le manifestó el otro decreto, en que el Sultán le pedía la cabeza, á cuya vista comenzó á suspirar turbado, diciendo: «¿Pues qué delito he cometido yo? ¿Qué traición he hecho contra el Sultán para ejecutar esto conmigo?»

Al fin, resuelto Nasuf á morir, pretendió hablar con su mujer que estaba en otra habitación, y no concediéndoselo, pidió que le dejasen lavar y hacer el *valá*, que es su oración, como va dicho, y se le permitió, pero no pudo de atribulado que se hallaba.

Dispuesto ya á perder la cabeza, se sentó con grandísimo dolor, y estando mirándole atentamente el Secretario y ministros, como asimismo para ejecutar la sentencia, reparando en ello Nasuf, como era soberbio y temerario, les dijo enfurecido: «Canalla ¿qué estáis mirando? Haced vuestro oficio.» Con lo cual, animados, le dieron cuatro de ellos garrote.

Inmediatamente, tomadas las puertas con guardas, fué el Secretario á dar parte al Sultán de lo ejecutado, y no creyéndolo al pronto, le mandó que le llevase la cabeza; y así hecho, luego que la vió, hizo que la arrojase al suelo, donde pisándola, decía: «¡Ah, vil traidor!»

La hacienda de Nasuf, así en dinero como en joyas y otras cosas, importó un sinnúmero, y toda se confiscó para el Gran-Turco, excepto lo que había en el cuarto de su mujer, que quedó para ella. Halláronsele cantidad de armas, entre las cuales había mil y doscientas espadas muy lindas guarnecidas de oro y plata, con cantidad de jaeces de caballos. Tenía á su devoción dentro de Constantinopla más de treinta mil hombres, todos asalariados, y se le averiguó que daba cada día ración de cebada para siete mil y quinientos caballos; de modo que por lo que se vió exteriormente, no hay duda en que si hubiera vivido algún tiempo, según sus prevenciones y bien tomadas medidas, pudiera haberse coronado Rey de toda Asia.

.....

Y puesto que he concluido con la historia del célebre Nasuf-Baxá, como así prometí á vuecelencia en el curso de este escrito, y detenídome en otras cosas curiosas, de que hice mención y cabal ofrecimiento en la primera carta que dirigí á V. E., cumple despedirme de su grata persona, á quien deseo abrazar y espero en Dios será pronto, pues sólo fálta-me esperar la ocasión del transporte, que según parece no está lejos, según aquí se dice entre los nuestros.

Creo, y esto ha de ser aparte, que vuecelencia, á quien dedico mis escritos, los habrá de mirar con la complacencia que siempre me ha demostrado, y seguro que los hará públicos—como me dijo en la suya—en esa nuestra patria, desde

luego me persuado que no han de faltarme maldicientes *Zoilos*, aunque afortunados, que me roan y me desuellen; *que los cobardes y de poco ánimo, son atrevidos é insolentes cuando son favorecidos y se adelantan á ofender á los que valen más que ellos*. Pero á bien ha de importarme poco; que ni pretendo formar en los *Liceos Griegos*, como suele decirse, ni aun vivir cerca de aquel lugar donde Platón y otros filósofos enseñaban la ciencia; bástame la satisfacción de vucelencia, á quien Dios guarde muchos años de vida y á mí para complacerle y servirle.

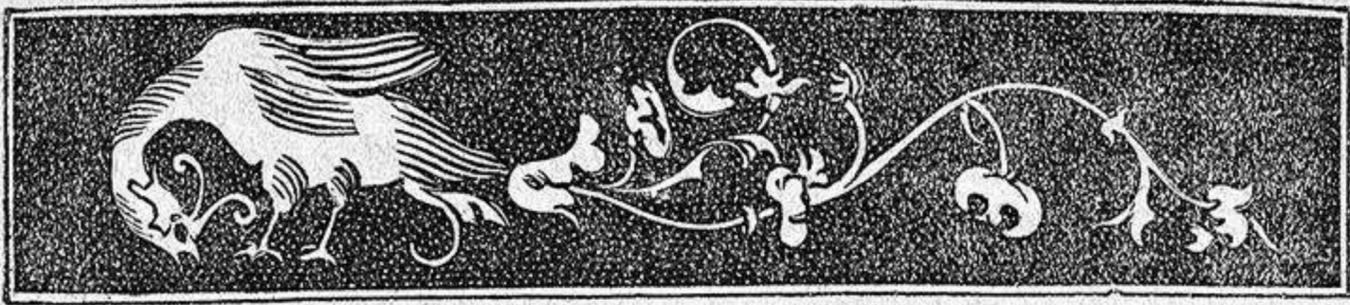
Besa las manos de vucelencia su más rendido servidor y humilde capellán

Don Octavio Sapiencia.

Por la copia,

JULIO DE SIGÜENZA.





CONGRESO

LITERARIO Y ARTÍSTICO INTERNACIONAL

DE VENECIA

CONTINUACIÓN (1)

Al oír dicha afirmación, me vi obligado á rectificar, pronunciando, con tal motivo, las siguientes palabras:

“Permitid que resuene, siquiera sea con torpes acentos, en la hermosa Italia, patria de Dante, la lengua de Cervantes, la lengua de España. Después de todo, sé por experiencia que italianos y españoles nos entendemos bien hablando en nuestros respectivos idiomas nacionales.

No pensaba tener que produciros la molestia de escucharne, interrumpiendo así el solemne concierto de elocuencia que tanto os ha maravillado desde que se abrió la sesión hasta el momento presente; pero deberes ineludibles me obligan á subsanar una involuntaria omisión padecida por Mr. Oppert, Representante del Ministerio de Instrucción pública de Francia. Decía nuestro respetable compañero, al ensalzar, como es debido, el interés demostrado por Francia y su Gobierno en todo lo que

(1) Véase la pág. 423 de este tomo.

se refiere á la propiedad literaria, que en este solemne acto internacional, si bien estaban dignamente representadas diversas naciones, el Ministerio de Instrucción pública de Francia era el único de los Ministerios de Europa que había enviado una delegación oficial. Debo consignar que el Ministerio de Fomento de España, según las credenciales que oportunamente he tenido el honor de exhibir, me ha concedido, aunque inmerecidamente, su representación oficial en el Congreso de Venecia.

España, en cuanto á propiedad literaria, tiene la gloria de poseer una ley, dictada en tiempo del muy ilustre Conde de Toreno, la más perfecta y en consonancia con los principios que defienden los partidarios de las doctrinas más progresivas y avanzadas en este punto. Por eso nos limitamos, en la mayoría de los casos, á ser meros espectadores de este noble palenque de ideas, donde se lucha por hacer extensivos á otros países los beneficios consignados en la ley española.

¿Qué mayor testimonio del interés de España que esa misma ley? ¿Qué mayor prueba del entusiasmo con que ve la periódica y constante celebración de estos Congresos que el acudir siempre con viva solicitud á los mismos?

Justo es declarar que no ha contribuído poco á este satisfactorio resultado la Asociación de Escritores y Artistas españoles, cuyo actual Presidente, el insigne poeta D. Gaspar Núñez de Arce, uno de los autores de la ley española, tanto se desvela por que la propiedad intelectual sea un hecho en todos los pueblos cultos. En París, Lisboa, Viena, Roma, Berna, Amsterdam, Bruselas, Ginebra y Venecia, en todos los Congresos ha estado siempre representada dicha Asociación, y no hablo del de Madrid, porque sabido es que ella constituyó el Comité de organización. Pero también es preciso confesar que las iniciativas y trabajos de la Asociación española serían infructuosos si no encontraran apoyo decidido é incondicional en el Gobierno, y muy especialmente en el Ministerio de Fomento y su Dirección de Instrucción pública.

Nosotros no vemos sólo en estos Congresos el medio eficaz de conseguir la realización de un derecho, sino la manera esencialmente práctica de establecer y consolidar relaciones de sincera fraternidad entre los escritores y artistas de todos los países. Por eso nuestra Asociación está siempre con los brazos abiertos dispuesta á recibir á sus compañeros de todo el mundo, y cuando vemos llegar á los portugueses, á los franceses, á los italianos, nuestra hospitalidad no es la que impone el frío deber de la cortesía, sino la que nace de los sentimientos del corazón. Cuando vuestros compatriotas honraron á Madrid con su visita, tendrían ocasión de observarlo. No los recibimos como á huéspedes, sino como á individuos de nuestra propia familia que entraban en su casa por derecho propio.

Termino saludando al ilustre Prefecto de Venecia, que con tanto acierto ocupa el primero de los sitios de la mesa presidencial; á los Sres. Ratisbonne y Ulbach, dignos Presidentes del Congreso; á su Secretario perpetuo Julio Lermine, alma y vida de la Asociación Literaria y Artística Internacional; al galante Municipio de Venecia, personificado en caballero tan cumplido como el Conde Tiépolo; al Comendador Fambri, Presidente del Ateneo y Comité de recepción; al activo Secretario Sr. Mayrargues, y á la prensa italiana, en quien está sin duda alguna representada Venecia é Italia entera, y á la cual debemos inolvidables consideraciones de cariño y respeto.

Continúe, pues, su obra de justicia y de progreso la Asociación Literaria y Artística Internacional. El éxito corona sus esfuerzos, su constante labor es fructuosa y fecunda. Ya está próximo el día en que el Convenio de Berna sea ley internacional. Y por el camino emprendido tampoco está muy lejano el cumplimiento de la hermosa profecía de Víctor Hugo: *De la unión de los hombres de inteligencia surgirá la pacificación de las almas.*„

Después de las anteriores frases, acogidas con expresiva benevolencia por los concurrentes á la sesión, que,

llevados sin duda por la simpatía que sienten por todo lo que á España se refiere, prorrumperon en unánime aplauso, nunca bien agradecido por nosotros, cerró la sesión un discretísimo discurso del Presidente, Sr. Ratisbonne.

Terminada la ceremonia de clausura, gran número de congresistas, acompañados de las autoridades de Venecia, colocaron sobre la tumba de Manin una corona de metal con la siguiente inscripción:

A DANIELE MANIN
L'ASSOCIATION LITTÉRAIRE ET ARTISTIQUE
INTERNATIONALE
CONGRÈS DE VENISE
SEPTEMBRE 1888.

Las fiestas celebradas en Venecia con motivo del Congreso han resultado brillantísimas.

El programa de las mismas ha sido el siguiente:

- 15 Septiembre. Iluminación de la plaza de San Marcos, de la Plazuela y del Muelle.
16. Fiesta pirotécnica en el Canal.
18. Serenata en el Gran Canal.
19. Expedición á Torcello, Burano y Murano.
20. Iluminación fantástica.
21. Expedición á Padua por la ribera del Brenta.
22. Gran banquete en Lido. Iluminación de la plaza de San Marcos.

Las bandas de la ciudad y militar dieron por las noches, mientras duró el Congreso, notables conciertos en la plaza de San Marcos.

Imposible describir el sorprendente efecto de las iluminaciones.

La ancha superficie del Canal, cubierta de góndolas, esquifes y lanchas cuajadas de faroles; los vapores empavesados y luciendo también en todos sus palos multitud de luces, y, en ambas orillas, numerosas bengalas alumbrando de manera fantástica los históricos palacios

y las maravillas arquitectónicas que, como evocadas por arte mágico, parecían surgir de las aguas y formarse en apretada fila para ser revistadas por el genio que las creó. Á veces la luz roja convertía el magnífico panorama en vasto y tranquilo incendio; la luz verde en floresta encantada; la luz azul en hermoso cielo. Se miraba arriba, y las estrellas parecían las luces de las embarcaciones rielando sobre las movedizas ondas; se miraba abajo, y los faroles de las góndolas semejaban estrellas errantes.

La Società di Navigazione puso á disposición de los congresistas el vapor *Taormina*, que lucía su correspondiente iluminación.

También el Municipio facilitó el acceso á dicho vapor de todas las personas especialmente invitadas.

El espectáculo pirotécnico fué en extremo variado y vistoso.

Todavía nos causó sorpresa más encantadora la serenata celebrada en obsequio del Congreso la noche del 18 de Septiembre por la orquesta de la ciudad. El lugar de la fiesta era el Gran Canal.

Ocupaban los músicos una gran embarcación, cubierta de preciosos faroles de colores, que partió del Museo á las ocho y media de la noche.

Delante del Municipio tocaron la *Sinfonía de Guillermo Tell*, de Rossini, y la gran pieza de concierto *La Redención*, de Gounod. Delante del Palacio Foscari, el *preludio, introducción y coro de Roberto el Diablo*, Meyerbeer. En la Real Prefectura, *sinfonía Tannhäuser*, Wagner. En la Salud, *Escena y dúo de Rigoletto*, Verdi, y en el Jardín Real, el wals *Serenata española*, Métra.

Con motivo de la serenata hubo magníficas recepciones en los palacios de la Real Prefectura y Municipio, sirviéndose á los invitados espléndidos *lunchs*.

Tanto el Sr. Prefecto como el Conde Tiépolo hicieron respectivamente los honores con su acostumbrado acierto, dando nuevas muestras de la proverbial hospitalidad veneciana.

El día 19 de Septiembre se verificó una deliciosa expedición á las islas Torcello, Burano y Murano. La conducción de los expedicionarios, en número de más de seiscientos, se hizo en cuatro preciosos vapores de la Compañía Lagunar, lujosamente empavesados. Dos bandas de música amenizaron el viaje, tocando escogidas piezas.

Á bordo se sirvió un espléndido refresco.

En Burano fuimos acogidos con gran entusiasmo. El pueblo entero acudió al puerto, saludando con vítores y aclamaciones á la expedición. El Síndaco, Sr. Nicolai Garbo, nos dispensó la más galante acogida. Todas las casas lucían colgaduras y flores. Apenas desembarcamos, nos dirigimos á la Escuela ó fábrica de encajes (famosa porque en ella se hace el tan celebrado punto de Burano) bajo el patrocinio de la Condesa Marcello, que, al reunir la flor de las hijas de Burano en los salones de su Escuela, contribuye al progreso de la industria y realiza un fin benéfico.

S. M. la Reina Margarita, esposa del Rey Humberto, es protectora de dicha notabilísima Escuela, en la cual hay un Director tan distinguido como el caballero Anibal D'Este, y una Maestra tan inteligente como la señora Ana Bellorio.

Los encajes de aguja, ó de punto al aire, de Burano constituyen una de las industrias más importantes de Venecia; curioso sería intentar una excursión histórica fijando su origen, las vicisitudes por que ha pasado y su estado actual; pero tal trabajo resultaría prolijo y no se acomodaría á la índole del presente. Oportuno creo, sin embargo, una sucinta reseña de lo más saliente que ofrece la fabricación de este artículo, tan estimado como costoso, y que en tiempos antiguos ha sido objeto de prohibiciones severas por *demasiado caro y por poder ser causa de la ruina de las familias acomodadas*. (Archivo del Estado, ley 17 nov., 1476.)

Remota antigüedad se atribuye á la expresada industria. La Miller, en sus cartas sobre Italia, menciona,

entre las antigüedades de Portici, cierta estatua de Diana adornada con un encaje semejante al punto moderno, por más que tal aserto no haya sido confirmado por otros arqueólogos; puede, sin embargo, concederse que los encajes y recamados eran conocidos y elaborados en la época Hebraica y consignar que las primeras muestras comienzan en los tiempos del Bajo Imperio. Pero dejando á un lado estas disquisiciones, el año preciso en que se ideó el género de punto que debía hacer célebre la isla de Burano debió ser el 1537, toda vez que en él se publicó, por primera vez, un prontuario de recamado con el título de *Le pompe od opera nuova di ricami, con la mostra del punto in aere*.

El renombre de la ciudad de Venecia por el nuevo producto industrial debía convertirse en manantial inagotable de lucro, porque á ella venían á solicitarle para los regalos á la Reina María Tudor, en 1566, y para Catalina de Médicis, que hacía cuantiosos pedidos al fabricante Federico Vinciolo, al par que le concedía privilegio exclusivo por veinte años para la venta de sus productos en toda Francia. De esta fábrica partían los encajes que á elevados precios se vendían en Inglaterra en tiempo de Isabel, hija de Enrique VIII, y de la infeliz Ana Bolena, y son conocidos aún hoy con el nombre de *Guipure*; de ella eran también los que se pusieron en moda por el Ministro Colbert, bautizados con el nombre de encajes de *Alençon*.

Á pesar de todo, esta industria hubiera venido á menos sin la decidida protección que las damas venecianas la prestaron, ya haciéndola objeto de los caprichos de la moda, ya empleándola como adorno en vestiduras sacerdotales y en los objetos destinados al culto, ya ennoblecíendola con ejercitarla por sí mismas y constituirse en maestras de estas delicadas labores. La esposa de Dandolo Malipiero, María Morosini, la del Dux Marin Grimani, la noble señora Viena Vendramin y otras muchas más damas ilustres protegieron de todos modos esta industria, que siguió siendo una de las más flore-

cientes de Venecia, hasta que al surgir la Revolución francesa, cambiada la moda y proscritos los aristocráticos encajes y recamados, vino en decadencia, y durante más de quince años las fábricas cesaron y más de treinta especies de punto, usadas hasta entonces, desaparecieron para siempre. Bonaparte, Emperador, quiso atribuirse, como Luis XIV, el título de protector de la industria, y entonces reapareció el uso de los encajes en los trajes de su Corte Imperial y renació algo de lo que había muerto. No hace aún diez y seis años se creó la Escuela profesional de Burano, que ya se ve distinguida con muchos honores, y desde la Exposición industrial de Venecia, en 1872, hasta el día, en todas cuantas ha habido alcanzó honrosas distinciones. De esperar es, pues, que con tales antecedentes y bajo auspicios tan favorables, la fábrica de encajes de aguja de la isla de Burano realizará rápidos progresos en una industria que tanta fama le diera desde tiempos muy remotos.

La Condesa Marcello invitó á los congresistas, en deliciosa huerta situada en el centro de la isla, á un magnífico refresco, que fué servido por las hermosas hijas del país, que comenzaron haciendo burdas redes, fabricaron luego sombreros de paja y han concluido perfeccionando la finura del más sutil encaje.

En la villa episcopal de Torcello, donde también fuimos objeto de todo género de muestras de aprecio por parte de la apiñada multitud, visitamos con gusto la iglesia, bizantina pura, cuya antigüedad se remonta al siglo XI y que contiene curiosísimas pinturas y particularidades dignas de estudio, entre ellas rarísimos mosaicos.

Es notable el Museo provincial de esta villa, que contiene curiosos objetos antiguos hasta el número de mil, entre los cuales figuran aras romanas, capiteles corintio, fragmentos de raras inscripciones griegas y latinas, copas etruscas, vasos, tazas, urnas, armas y armaduras, monedas y lucernas.

Algunos de los anteriores objetos han sido descubier-

tos durante la baja marea en el canal de dicho pueblo ó entre antiguas ruinas.

El conservador del Museo, Caballero Luciani, hizo, en compañía del Síndaco, los honores del pueblo, obsequiando á los congresistas con un refresco, servido en la plaza pública.

También son dignas de visitarse en esta villa las ruinas de un palacio que, según se cuenta, habitó Atila, y un asiento de piedra desde donde acostumbraba, según se dice, á administrar justicia el terrible caudillo Germano.

Cuando ya empezaba á anochecer llegamos á Murano, precioso pueblo de más de cuatro mil almas, donde muy á la ligera, pues el tiempo apremiaba, y no con el detenimiento que merece, visitamos los talleres de fabricación de cristal, contemplamos nuestra imagen en muchos y variados ejemplares de las célebres *lunas* y admiramos la belleza de las perlas llamadas de Venecia, que por su figura y transparencia recrean la vista del observador más exigente tanto como las legítimas.

Al regreso, lo mismo que á la ida, las músicas situadas en los vapores que conducían á los expedicionarios interpretaron notables composiciones.

Á las ocho de la noche, menos alegres que al partir, desembarcábamos en el muelle de los Esquiavones con un recuerdo más en la imaginación, de esos que están destinados á no borrarse jamás de ella.

La excursión á Padua fué deliciosa.

Á las nueve y nueve y diez minutos de la mañana partieron, respectivamente, del muelle de los Esquiavones dos vapores de la *Società Veneta Lagunare*, con 360 ó 370 personas cada uno, entre las cuales se contaban los congresistas, autoridades, Comité de recepción, redactores de varios periódicos y otros distinguidos señores de Venecia. Antes de las doce del día los vapores llegaban á Fusina, donde esperaban los Síndacos de Mira y de Dolo, Caballero Gidoni, Consejero provincial, y Caballero Giuseppe Musatti, Presidente de la *Società Ve-*

neta Lagunare y del establecimiento de baños de Lido.

Con diez minutos de diferencia partieron también los dos trenes dispuestos de Fusina para Padua.

En Mira se hizo una pequeña parada, con objeto de visitar el palacio que habitó Enrique III de Francia y donde se conservan notables frescos atribuidos á Tiépolo.

Dicho palacio es hoy propiedad del Comendador Homero de Trieste, el cual recibió á sus huéspedes con exquisita cortesía.

La parada en Dolo fué aún más breve, y después del mediodía llegaron á Padua los dos trenes, con diferencia de un cuarto de hora próximamente de uno á otro.

El Marqués de Manfredini, Asesor, y los demás individuos del Municipio esperaban en la estación.

Cien elegantes carruajes, que ostentaban un cartel con la palabra *Congressisti*, fueron puestos á nuestra disposición. La larga fila de carruajes ocupaba todo el trayecto que media entre la estación del tranvía y la plaza de la Unidad de Italia.

En la Sala del Viejo Consejo se pronunciaron cuatro discursos: uno del Prosindaco de Venecia, Conde Tiépolo, que presentó á Padua sus nuevos huéspedes; otro del Marqués de Manfredini, el cual saludó con entusiasmo á los visitantes, y otros dos de los Sres. Ratisbonne y Padre Denza.

Después visitamos todo lo más notable que encierra la ciudad, que cuenta más de 50.000 habitantes.

La iglesia de San Antonio es, sin duda, la más hermosa y la más histórica. La capilla del Santo, que, según se dice, guarda el cuerpo de tan inextinguible lumbrera de la Iglesia, es una de las más ricas del Universo Católico. En la sillería del Coro y en el ornato del altar mayor se ve lucir el genio y la prodigiosa habilidad de los grandes maestros de la escultura. En la sacristía hay un fresco de Nibeli, muy digno de atención. Restos del Santo consérvanse en caprichosos y elegantes relicarios de oro con piedras preciosas, constituyendo un verdadero tesoro de alhajas, que aún es hoy de gran valor, después de

las pérdidas sufridas en 1797 durante la invasión francesa.

Seiscientos cincuenta y siete años hace que murió el insigne paduano, y sus reliquias aún se adoran en la basílica que lleva su nombre, y el aura de su santidad y de su fama todavía parece que se respira en la rica ciudad de Italia, que en otro tiempo no tuvo igual en toda la Europa occidental, llegando hasta reunir quinientos condados de orden ecuestre. Allí están archivados los sermones de San Antonio, con correcciones de su mismo puño y letra, y allí está también, presidiendo á todas las reliquias del tesoro, la lengua que los pronunció, cumpliendo de tan maravillosa manera su misión de paz, salud y consuelo.

La Universidad paduana, que cuenta la respetable antigüedad de 666 años, es célebre en el mundo de la ciencia. En ella hubo alumnos como Dante, Petrarca y Tasso, y maestros como Guglielmini, Fallopio y Galileo. Por cierto que de este último no sólo el trabajo fecundo del espíritu, sino la materia, siguen siendo inmortales objetos de perenne observación. Una vértebra suya, expuesta en el gabinete de Física, sirve de estudio á los alumnos. El número total de éstos ha pasado en algunas épocas de varios miles; hoy sólo asciende á un millar.

La biblioteca cuenta 70.000 volúmenes. El Jardín Botánico es el más antiguo de Europa.

El Palacio de la Razón, consagrado ahora á la Administración de Justicia, es memorable por la sala inmensa (83 metros de largo por 28 de ancho) donde obsequió el Municipio con un espléndido fresco á los congresistas.

La Academia de Ciencias y Letras es de merecida estima, y la estatua de Erasmo Narni (Gattamelata), que luchó contra Sforza en defensa de Venecia, ofrece la singularidad de ser la primera estatua que se fundió en Italia.

También visitamos la tumba donde se cree reposan los restos del historiador Tito Livio, erigida en 1547.

Santa María de la Arena, construída en forma de anfiteatro, contiene la tumba de Enrique Scrovegno, que fundó dicha iglesia en 1303. Sólo tiene una simple capilla; pero los interesantes frescos del Giotto le dan excepcional importancia. Representan dichos frescos *Los vicios y las virtudes* (entre cuyas figuras alegóricas sobresalen *la fuerza, la templanza y la incredulidad*) y el *Juicio final*, curiosa página de la historia de la pintura, donde, aparte de lo característico de la forma, hay que admirar á trozos la intención satírica del autor, que en sus inspiraciones deja ver bien clara la circunstancia de haber vivido bajo el mismo techo que Dante.

Á las ocho llegamos á Venecia, después de recorrer nuevamente la deliciosa ribera del Brenta. Una hermosa luna iluminaba las aguas. Al arribar los vapores, preciosas luces de bengala iluminaron el muelle de los Esquiavones.

Las pocas horas que nos dejaron libres los trabajos del Congreso y la asistencia á los festejos las dedicamos á visitar los monumentos y notabilidades de Venecia, no con toda la parsimonia que merece el estado más lucido de la Edad Media, que tanta preponderancia llegó á tener en los mares, y que por su frecuente comercio con Oriente y Occidente tantos tesoros artísticos llegó á reunir, convirtiendo sus monumentos en verdaderos Museos, que son el asombro de los artistas y de los arqueólogos.

Venecia se encuentra situada á 45° 27' de latitud Norte, á menos de 4 kilómetros de Tierra Firme, en las lagunas bajo fondo del Adriático. Mide 10 kilómetros en redondo, y cuenta más de 12.000 habitantes, 117 islas, 150 canales, 450 puentes, 2.150 calles y 15.000 casas, que ofrecen la particularidad de tener una sola numeración. El gran canal mide 3.700 metros de largo por 70 de ancho, y divide la ciudad en dos partes iguales, que se comunican por el puente Rialto.

La impresión que causa Venecia al contemplarla por primera vez en conjunto, es originalísima. Bajar del

tren, y encontrarse, al trasponer el umbral de la puerta de salida de la estación, en vez de la amplia plaza llena de carruajes, ómnibus, carros y mozos dedicados al transporte de equipajes y mercancías, las aguas surcadas por multitud de góndolas y embarcaciones de todas clases, produce un efecto de comedia de magia. Parece que la decoración ha cambiado de pronto, como por brujería, y se ve el cuerpo transportado á la fantástica morada de alguna diosa de los mares, y el alma á las regiones del más ideal de los romanticismos. Y el asombro sube de punto cuando, cruzado el anchuroso gran canal, se penetra en el corazón de la ciudad y se recorren algunos de los canales que forman sus estrechas calles y oscuros callejones, donde casi rozan los bordes de la góndola con los muros de las casas, y los gondoleros no cesan de lanzar el característico grito con que avisan á sus compañeros para evitar el choque, no sólo al volver las esquinas, sino mientras ocupan el breve espacio de las calles, donde va como encajada una sola góndola, sin dejar espacio para el paso de otra alguna. Las torres de las antiguas iglesias, los admirables remates de monumentos y edificios agrupados con igual maestría que si se tratara de un gigantesco Museo de arquitectura, la silueta de numerosos vapores, las islas, los puentes, las estatuas, los pequeños jardines, el melancólico y acompasado ruido de los remos reemplazando al atronador movimiento de los carruajes, propio de las grandes ciudades, la línea verde de las aguas limitando siempre la parte inferior del paisaje y la línea azul del cielo limitando la parte superior, forman singular, grandioso y poético efecto, que más parece sueño de imaginación vehemente que prodigio increíble de la realidad.

La basílica de San Marcos merece especialísima mención por su original carácter. No diseminados como objetos expuestos en la sala de un Museo, sino desempeñando su papel especial en el lugar adecuado, se ven allí columnas, esculturas y adornos de Constantinopla, Je-

rusalén y Corinto. De este último punto son los cuatro famosos caballos que adornan la fachada principal, y que han hecho jornadas imposibles de soportar por caballos de carne y hueso; transportados á Atenas, dice una conocida enciclopedia, sirvieron de ornamento á los arcos de triunfo levantados á Nerón y á Trajano en Roma, acompañaron á Constantino á Bizancio y fueron llevados de Constantinopla á Venecia en el siglo XIII. En el reinado de Napoleón adornaron la plaza de Carroussel en París, de donde en 1815 volvieron á Venecia. El altar mayor se dice que es el de Santa Sofía de Constantinopla, y la célebre *pale d'or* es una magnífica plancha de oro, donde en preciosos mosaicos aparecen sagrados pasajes, ornados de piedras preciosas tales como la naturaleza las produce, sin pulimento alguno. Aunque el valor real de tan maravillosa alhaja no puede calcularse, está tasada en 25 millones de francos.

En el Tesoro, que contiene rarísimas preciosidades, se custodia manuscrito el que se considera Evangelio original de San Marcos. Entre las demás iglesias notables figuran San Jorge el mayor, San Simón, San Jeremías, Santa María de Nazareth, San Roque y del Redentor.

También hemos admirado el Palacio Ducal, con sus espaciosas salas destinadas á Tribunal y sus tenebrosas prisiones unidas al palacio por el puente de los Suspiros, donde tantas veces han sonado los ayes de prisioneros y condenados; la biblioteca, de 120.000 volúmenes y 10.000 manuscritos, donde al lado de antiquísimos códices se ven las cartas de Marco Polo, el Mapa-mundi de Fra Mauro, dibujado en 1460, y el curiosísimo manuscrito de Leyes lombardas; el teatro de Fenicia y los palacios Pisani, Manfrini, Vendramini, Calergi, Grimani y Trevisani; los establecimientos de enseñanza, que son cerca de 30, entre ellos 20 escuelas perfectamente instaladas, un liceo, un seminario, dos gimnasios, una Escuela normal de navegación, una Academia de Bellas Artes y un Colegio de cadetes de marina.

En todos los edificios públicos se ven recuerdos dignos de la patria de pintores como Pisanello, Ticiano, Tintoretto, el Veronés, Conegliano, Piombo, escultores como Lombardo, Leopardo, Sansovino, Campagna y tantos otros artistas y hombres notables de la ilustre ciudad donde se inventó el papel y salió á luz el primer libro impreso en Italia.

Digna coronación de los festejos fué el banquete, de cerca de 300 cubiertos, dado por el Comité de organización, sobre la terraza del gran establecimiento de baños de Lido, el sábado 22 á las seis de la tarde. Á los postres pronunciaron entusiastas brindis los Sres. Fambri, Ulbach, Tiépolo, Mayrargues, Puillet, Vingens, Valmarana, Oppert, Eschenavar, Saguso y Manfredini. El señor D. Adolfo Calzado hizo una oportuna descripción, llena de viveza y colorido, del combate de Lepanto, en donde las armas españolas y venecianas juntas abatieron el poder del turco.

El Sr. Fambri, Presidente del Ateneo, brindó por España, y al devolver, por mi parte, á Venecia las cariñosas frases dedicadas á nuestra nación, entusiastas aclamaciones resonaron por todas partes.

La hermosa fiesta terminó al grito de ¡viva España!

JOSÉ DEL CASTILLO Y SORIANO.





LOS MALES DE LA PATRIA

IV

ATRASO DE LA INDUSTRIA Y DEL COMERCIO

Continuación (1).

Si examinamos el comercio exterior de las naciones europeas con cada uno de los países de los demás continentes, veremos á España en los últimos lugares de las estadísticas, por cualquiera parte del mundo que dirijamos nuestras miradas. No faltan ilustres compatriotas que abrigan risueñas esperanzas, tratándose principalmente de las repúblicas hispano-americanas.

Aquellas tierras, que fueron nuestras antiguas colonias; aquellas tierras, cuyos habitantes hablan nuestro idioma, que llevan en sus venas sangre española, que profesan la misma religión y que tienen aficiones, costumbres y usos análogos á los nuestros, aquellas tierras deben estar íntimamente ligadas con la nuestra. Para honra y beneficio de todos, llegó la oportunidad de estrechar las relaciones y fomentar el mutuo

(1) Véase la página 412 de este tomo.

tráfico. ¡Cuando éste llegue á ser grande, España será también una gran potencia, y que llegará no hay que dudarlo!

Así se expresan los optimistas, y así parece natural que suceda; mas, por desgracia, las señales de hoy no se hallan de acuerdo con estos patrióticos deseos. ¿Se realizarán algún día? Mucho lo dudamos. Por ahora, á nadie escandalizará que tornemos á nuestro pesimismo, en vista de los antecedentes que vamos á exponer. Nos bastará presentar en dos estados el comercio total exterior del Brasil y de las Repúblicas hispano-americanas, y el comercio que España sostiene con cada uno de estos países.

El comercio total exterior de la América latina en 1887 aparece representado en pesetas por las siguientes cifras:

PAÍSES	IMPORTACIÓN	EXPORTACIÓN
Brasil	628.218.000	780.652.400
La Plata	586.606.625	422.109.100
Chile	243.154.310	297.749.790
Méjico	216.900.000	244.429.540
Uruguay (1)	133.080.000	93.360.000
Perú	96.716.360	126.537.100
Venezuela	62.453.378	82.304.289
Colombia	43.599.580	69.032.290
Ecuador	57.312.615	50.597.440
Haiti	34.227.985	50.926.830
Bolivia (1)	30.000.000	45.000.000
Guatemala	22.207.040	45.196.955
Costa Rica	28.006.125	31.182.815
San Salvador	16.375.120	26.213.480
Santo Domingo	10.289.640	13.302.355
Paraguay	12.210.580	10.028.050
Nicaragua	6.555.900	10.928.475
Honduras (1)	7.500.000	8.000.000

(1) Aproximadamente.

El comercio de España con esos países quedó reducido en el mismo año á los siguientes valores en pesetas, según notas tomadas de la última estadística de Aduanas:

PAÍSES	IMPORTACIÓN	EXPORTACIÓN
La Plata.	6.020.292	18.931.172
Uruguay.	1.529.183	9.100.737
Méjico.	934.645	6.562.012
Ecuador	7.709.524	361.999
Venezuela.	4.260.338	77.405
Perú	1.548.771	13.975
Colombia	122.882	1.246.920
Chile.	220.261	576.478
Brasil	174.125	515.570
Honduras.	Nada.	302.774
Santo Domingo.	106.137	62.113
Guatemala	77.289	157
Costa Rica.	6.273	Nada.
San Salvador.	Nada.	1.039

Obsérvese que, habiendo pasado de 4.639 millones de pesetas los valores del comercio exterior de la América latina en 1887, y reducido su tráfico total con España á *sesenta millones y medio*, únicamente, la proporción que nos corresponde apenas pasa del 1,3 por 100.

¿Se quiere prueba más evidente de nuestro atraso industrial y mercantil? ¿Habrá español que no se sonroje ante el desairado papel que hacemos á los ojos de nuestros hermanos del otro lado del Atlántico? ¿No es una vergüenza, no es una afrenta, que Italia, Bélgica, Suiza, Holanda y Portugal se hallen por delante de nosotros en las relaciones mercantiles con América? ¿De qué tamaño nos verán por aquellos mares los navegantes ingleses y alemanes, norte americano y franceses? ¿Por qué castigo de la Providencia, en la conclusión del siglo XIX, aparece por allá relegada al final de las estadísticas de comercio, ó en el montón de *los demás países*, nuestra pobre y desgraciada España, esta patria infe-

liz que descubrió el Mundo Nuevo y tuvo medio mundo por suyo hasta no hace mucho tiempo?

Pero ¿quiénes son aquellas gentes? ¿Quiénes somos, que hacemos nosotros? ¿Dónde están las ruinas de Esparta y de Atenas, de Egipto y de la India, para ver si se parecen á ellas éstas, entre las cuales, cobarde y pobremente estamos albergados?

Es muy natural que sea desairado y miserable nuestro papel al otro lado del Atlántico respecto á relaciones mercantiles. ¿Qué necesita la América latina en primer término?—Objetos manufacturados.—¿Qué puede exportar principalmente?—Sustancias alimenticias y primeras materias.—Es decir, se halla en situación comercial muy parecida á la nuestra, la de las naciones poco adelantadas en la industria, que tienen que cambiar los productos naturales de sus territorios, casi todos *en bruto*, é importar los que exigen esmerada elaboración. Por eso no es extraño que la República Argentina, con la cual es más activo el comercio español entre todas las hispano-americanas, mantenga relaciones cuatro veces más considerables con Bélgica y un tercio más con Italia; negocie por 52 millones de pesos con Inglaterra, por 47 con Francia, por 22 con Alemania y por 16 con los Estados Unidos.

Cuantos esfuerzos se han hecho en estos últimos veinticinco años para fomentar nuestro comercio con las Repúblicas hispano americanas, han sido enteramente ilusorios. Estamos hoy peor que en los infelices reinados anteriores y posterior al período revolucionario, sin que se adviertan señales de mejoría.

Así en 1862 las relaciones mercantiles con la República Argentina equivalieron á un valor de 22.506.820 pesetas; pasaron de 28.000.000 en 1873; fueron de 23.776.663 en 1881, y las vemos limitadas á 24.951.464 en 1887. En 1882 nuestro comercio con Uruguay ascendió á 12.705.947 pesetas, y en 1887 perdimos más de 2.000.000. Nuestras importaciones de Méjico no llegaron á 1.000.000 de pesetas en 1887, cuando en 1882 fueron de 1.245.886 pesetas, cifra á su vez inferior á la correspondiente de 1865, la mitad de la

del 80, la tercera parte de la del 75. Apenas pasó de millón y medio de pesetas el comercio con Perú en 1887, cuando en 1882 la importación fué de 6.167.459 pesetas, contra la miserable exportación de 70.470. La primera de estas dos cifras es inferior á la de muchos anteriores, tales como 1863, 66, 67, 70 y 71, 73, 74, 77, y sobre todo del 76, en que fué casi doble; y en la exportación nos hallamos constantemente en la más deplorable situación, bastando decir que nada llevamos á esa República en los años 1864 á 68, ni en los 70 y 71, figurando con cifras más bajas todavía que las de 1882 en las estadísticas de 1862 y 63, 72 y 73, 75 al 77 y 79 al 81. La rídiculamente mezquina exportación á Venezuela por 77.405 pesetas en 1887, es otro dato tan afrentoso como los anteriores, teniendo en cuenta que años hubo, como el de 1877, en que pasó de 3 $\frac{1}{2}$ millones.

De acuerdo con tan miserables cantidades está el comercio de España con las provincias de Cuba y Puerto Rico. En 1887 ascendió á 796.000.000 de pesetas el tráfico exterior de estas dos islas, que no llegaron á cambiar con la Metrópoli 124.000.000, ó sea poco más del 15 por 100, pues la importación de Cuba fué de 37.336.303 pesetas, la de Puerto Rico de 13.167.008; y la exportación á la primera llegó á 61.003.980, á la segunda á 12.493.349. Los cinco sextos restantes los aprovecharon Inglaterra y los Estados Unidos principalmente, á cuyas naciones, así como á Francia, Bélgica y Alemania, interesan mercantilmente las Antillas mucho más que á nosotros.

La flojedad de nuestras relaciones industriales y comerciales con aquellas dos islas, todavía españolas, se comprende mejor si se compara el tráfico de las otras naciones europeas con sus respectivas colonias, para cuya explicación daremos una lista en cuya segunda columna expresamos las cantidades en pesetas del comercio total exterior de varias dependencias coloniales, y en la tercera los valores que de este comercio corresponden á las respectivas metrópolis.

PAISES	COMERCIO TOTAL	COMERCIO con la Metrópoli.
Australia.....	2.699.345.475	1.118.746.250
Canadá	965.776.195	448.694.430
Indias holandesas....	694.000.000	327.000.000
Argelia.....	397.296.857	289.224.016
India inglesa	336.392.168	184.364.938
El Cabo	318.888.000	189.556.450
Ceilán.....	180.662.010	72.013.250
Colonias portuguesas..	175.000.000	125.000.000
Natal	83.021.960	62.315.460

También se ve claramente la flojedad, la ruina podríamos decir, de las relaciones mercantiles de las dos Antillas con la Metrópoli examinando la marcha que han llevado los valores de comercio en años sucesivos. Importamos hoy de Cuba menores cantidades que hace diez y nueve años, en tiempo de la guerra separatista, pues en 1870 ascendieron los géneros que de allí vinieron á un valor de 38.845.685, habiendo pasado de 52 millones hace veintisiete y de 58 millones en 1863. La exportación á la misma isla será de igual modo juzgada de decadente por muchos, de estacionaria por otros, de progresiva por nadie; pues no llegando en la actualidad á mayor valor que el de 61 millones, pasó en 1864 de 63, se acercó á 86 en 1876, descendió á 63 en 1878, y si bien reconquistamos un alza de 7 millones en 1880, fué para volverlos á perder al año siguiente. Es el movimiento ondulatorio de un reptil que se arrastra con fatiga y que no puede ascender á cierta altura, sin volver á caer á lo más bajo.

Otra prueba de la insignificancia relativa de nuestro comercio con América nos la da Portugal mismo, que solamente con el Brasil mantiene un tráfico equivalente á 60 millones de pesetas, es decir, tan grande como el de España con toda la América latina.

Tenemos, sin embargo, en la América del Norte una compensación, pues se suman cifras de mayor importancia en

las relaciones mercantiles con los Estados Unidos. Solamente que mientras de allí vinieron en 1887 mercancías por valor de 99.634.504 pesetas, las exportaciones no excedieron de 21.903.085. Bien merecen la diferencia el algodón y el tabaco, que por ahora España no tiene, sin duda, tierras donde criarlos. Como hemos convenido en no ser partidarios de la balanza mercantil, y por no criticar otra vez la perogrullada de que no es más rico el país que más exporta, sino el que más consume, ningún comentario sacaremos á los datos de las estadísticas relativas al comercio de los Estados Unidos con España ni con Cuba.

Nos impide, además, el amor á la patria trasladar al papel las deducciones que se nos ocurren, con motivo de la situación económica de las Antillas españolas. Que las escriban otros con plumas menos aceradas que la nuestra. ¿No fué, no debió ser la guerra pasada un saludable y oportuno aviso para emprender útiles y urgentes reformas? ¿Qué debe significar la posesión de países lejanos á favor de naciones más adelantadas ó más fuertes? ¿El derecho de imponer funcionarios que lleven al otro lado de los mares la corrupción política y el desbarajuste administrativo, ó el deber humanitario y dignísimo de regirlas por sabias leyes y ampararlas con cultas y honradas prácticas? ¿Esquilmarlas y expropiarlas hasta su ruina, ó abrir y fomentar sus elementos de riqueza con beneficio de todos? ¿Es sostenible, es razonable, es decorosa la situación relativa de Puerto Rico y de Cuba con la Metrópoli? Y si la respuesta no es enteramente afirmativa, ¿es que no hay medios, no hay fuerza, no hay elementos para entendernos mejor?

Que nos permitan los optimistas repetir hoy las mismas frases que dijimos hace años; al examinar en *El Progreso* nuestro comercio con América: Gloriosa sombra de Colón, sombras de Hernán Cortés y de Pizarro, ¿pudisteis imaginar que cuatro siglos después del descubrimiento y de la conquista de América, la nación á que legasteis tan gigantescos imperios vendría á quedar para éstos al nivel de Suiza y de Noruega en las estadísticas comerciales? Si no lo pudisteis imaginar, tampoco sospecharéis, por ventura vuestra, que

la prosperidad española se perdió para siempre al otro lado del Atlántico.

Volvamos la vista al extremo Oriente. Allí están nuestras Filipinas. ¡Qué rico, qué espléndido florón de la antigua corona de Castilla! ¿Qué nación habrá en el mundo que no nos envidie la posesión de tan magnífico archipiélago? ¿Dónde hay un estadista capaz de negar que aquellas islas, por su excelente situación geográfica, están destinadas á ser, andando el tiempo, una de las principales llaves del comercio universal? En ellas abundan todos los elementos de producción y prosperidad que la nación más codiciosa del orbe pudiera apetecer; en ellas habitan las razas más humildes y sufridas; en ellas están fijas las miradas de todos aquellos españoles que no quieren ni pueden admitir que la patria esté condenada á pequeñez y decadencia perpetuas.

Por ahora, los datos que acusan las estadísticas respecto al comercio de Filipinas con España corren parejas con los que acabamos de exponer relativos á América. En 1887 ascendió la importación á 23.349.437 pesetas, y se redujo la exportación á 4.611.598, situación mucho peor que en 1882, en que importamos por 16.209.774, habiendo subido la exportación á 9.840.127, á cuyas cantidades no se llegó, ni con mucho, en años anteriores.

¿Podemos seguir con languidez tanta en Filipinas? ¿No vemos los afanes de la política colonial de las grandes potencias? ¿No recibimos hace muy poco elocuentes avisos en Borneo y en Carolinas?

Hora es ya de pensar seriamente si somos ó no capaces de colonizar Filipinas, cuando menos la parte que no ofrezca obstáculos insuperables á la menguada energía vital de los españoles del siglo XIX; y si llegan á formarse, dejen los Gobiernos en completa libertad á las Compañías ó Sociedades á quienes conceda franquicias para fundar establecimientos en aquellas lejanas tierras. No las abraze con el aliento mortífero de la influencia oficial. Bastante trabajo tendrán esas Compañías si han de llevar á tales islas una fracción de emigrantes de la Península que no resultase allá demasiado cara de portes. Y decimos esto, por si es ver-

dad que no conviene se multipliquen mucho los chinos, gente astuta y codiciosa en extremo, ni caiga la carga sobre los débiles hombros de los indios, razas endebles y de escasa resistencia, según cuentan. De otro modo, siguiendo el abandono en que yacen, pronto quedarían aquellas preciosas provincias á merced de idólatras, herejes luteranos y gentes sin conciencia ni santo temor de Dios. Horrible fracaso, después de tantos esfuerzos como ha hecho y hace España por convertir y conservar los indígenas en el seno de la Iglesia católica.

No es completo nuestro pesimismo tratándose de Filipinas; mas si se llega á perder la proporción que todavía tenemos en el extremo Oriente, de cultivar la influencia española, ¿por qué otra parte del mundo hallaremos compensación á tamaños reveses? ¿Habrá quien piense aquí después en colonizar tierras lejanas?

Á pesar de nuestras Filipinas, de nuestras Marianas, de nuestras Carolinas, de nuestro archipiélago de Joló, es afrentosamente exiguo el comercio español con los países asiáticos. Cualquiera otra nación europea, aun la más insignificante, sostiene mayor tráfico, según se deduce del siguiente estado que entresacamos de la última estadística publicada por la Dirección de Aduanas:

PAÍSES	IMPORTACIÓN	EXPORTACIÓN
India inglesa	10.642.392 (1)	12.955
Turquía asiática	2.760.751 (1)	Nada
China	1.176.162	Nada
Arabia	62.103	Nada
Colonias holandesas	23.681	Nada
Japón	21.980	Nada
Colonias francesas	5.175	Nada
Persia	468	Nada

(1) Cifra excesivamente elevada ese año, por la necesidad de traer á la Península grandes cantidades de cereales.

¿El más optimista de todos los españoles verá sin sonrojo tan deplorables datos? No lo sabemos; pero de fijo habrá muchos compatriotas que se forjan grandes ilusiones para un porvenir según ellos no muy lejano. Que no nos desampare la *fantasía* si con ella conseguimos ser menos desgraciados. En la conclusión del siglo XIX soñemos que somos un gran pueblo colonizador; soñemos que nuestras Filipinas serán pronto una base sólida para importantísimas transacciones con ese enorme continente habitado por 700 millones de almas.

Pero entretanto soñamos, ¿existe otra nación que lleve á Asia menor cantidad de mercancías que la representada por 12.955 pesetas? En obsequio de la brevedad y para no escandalizar al curioso lector, omitiremos, desde luego, las grandes potencias; también á Turquía, que en Asia tiene la mitad de su imperio, y á Grecia, que se halla á las puertas de ese continente. Reduzcamos el cuadro adjunto á las relaciones mercantiles de las naciones pequeñas, traducidos en pesetas los siguientes valores:

NACIONES	IMPORTACIÓN	EXPORTACIÓN
Holanda.....	288.400.000	82.600.000
Portugal.....	64.524.850	56.288.700
Bélgica.....	47.496.315	12.448.867
Suiza.....	5.674.858	21.993.548
España.....	14.692.712	12.955
Dinamarca.....	8.124.450	4.752

¡Respiremos! ¡Hay en Europa una nación que tiene con Asia menos comercio que nosotros, y esa es..... Dinamarca!

Las circunstancias de ser España la nación europea más inmediata al continente africano, de ser islas, ya que no afortunadas, españolas, Canarias, Fernando Póo, Corisco y Annobón, de poseer en territorio marroquí algunos puntos de apoyo, y de guardar ciertos derechos, ya que no mucho oro, en extensas comarcas de la costa occidental, hacen pensar á varios patriotas entusiastas que el engrandecimiento

de la Península tiene su porvenir ciertísimo al otro lado del Estrecho. Marruecos, al menos desde el punto de vista comercial, es objeto de los más brillantes ensueños por parte de tales compatriotas. ¡Ilusiones engañosas en nuestros días! Si bien parece natural que así suceda, las señales de hoy, por desgracia, no están de acuerdo con estos magníficos deseos. ¿Se realizarán el siglo que viene? Mucho lo dudamos. Por ahora no saldremos de nuestro acostumbrado pesimismo, en vista de los antecedentes que vamos á exponer.

Examine el lector las estadísticas del comercio exterior de Marruecos, fijándose en el año que guste. Todas difieren bien poco, porque también Marruecos es una nación muy poco progresiva. Nosotros trasladaremos el resultado de la última publicada correspondiente á 1887. En este año, las importaciones de Marruecos representaron un valor de pesetas 34.483.200, y las exportaciones el de 31.382.200. La parte más insignificante correspondió á España que, según la estadística de Aduanas, no exportó al vecino Imperio más artículos que por valor de 217.145 pesetas, é importó por 7.777.709, si bien en esta última cifra se hallan incluídas 2.388.167 en metálico, correspondientes la mayor parte de las restantes á cereales y otros productos agrícolas que en aquel año no nos concedió la Providencia en cantidad suficiente, á pesar de la *riqueza* de nuestro suelo.

Considerado por quinquenios, las nueve décimas partes del comercio exterior marroquí se hallan en poder de Inglaterra, de Francia y de Alemania, á las que siguen Italia, Bélgica, los Estados Unidos y Portugal. España figura constantemente por cantidades insignificantes.

Al examinar en otra ocasión, hace algunos años, nuestras relaciones mercantiles con Marruecos, dijimos, entre otras frases, las siguientes: Nada tiene de extraño que nuestro comercio con Marruecos sea casi nulo, pues casi nulo es el que sostenemos con nuestras posesiones en Africa. En 1882 fueron á Ceuta mercancías por valor de 54.493 pesetas, y de allí vinieron riquezas equivalentes á 9.295; el comercio de importación con Melilla ascendió á un valor de 7.678 pesetas; en la exportación no pudo haber quiebra alguna, porque

allí llevamos, lo mismo que á Canarias, *nada*, absolutamente *nada*.

Y más adelante añadimos: ¡Dichoso año el 1866, en que importamos de Fernando Póo unas cuantas mercancías equivalentes á un valor de 42.510 pesetas! Desde entonces no se nos ha ocurrido traer nada de allí. ¡Y dichoso también sea en la historia ese mismo año, en que á Fernando Póo llevamos una civilización tasada en 21.600 pesetas! Desde entonces acá, tampoco se nos ha ofrecido llevar una peseta.

En 1887 aparecen algo mejoradas nuestras relaciones mercantiles con Canarias y las posesiones en África. Si las cantidades son dignas de un Estado que tiene tan variados y extensos territorios coloniales, quédese á juicio del paciente y sesudo lector:

PAÍSES	IMPORTACIÓN	EXPORTACIÓN
Canarias.....	2.689.082	1.554.965
Ceuta.....	70.731	437.296
Melilla.....	18.169	Nada.
Fernando Póo.....	Nada.	877
Río de Oro.....	289	Nada.

Repitamos, finalmente, que cuantos ejemplares de la estadística general del comercio exterior de España circulen por el extranjero serán otros tantos baldones de ignominia, más vergonzosos que otros tantos peñones de Gibraltar, si se fijan en nuestras relaciones mercantiles con el continente africano. Los extranjeros no acabarán de creer que toda nuestra exportación á Marruecos se reduce á la ruin cantidad de 217.145 pesetas, ni acabarán de explicarse por qué razones un país que aspira á ser una gran potencia cuenta con *posesiones* á las cuales nada, absolutamente nada tiene que exportar, ó de donde nada, absolutamente nada tiene que extraer.

Harto de estadísticas, de las cuales sólo pueden sacarse vergonzosas y tristes deducciones, tal vez el curioso lector nos eche en cara que estamos ahogados en un mar de esté-

riles lamentaciones; que nada se consigue con declamar y llorar tan amargamente los males de la patria; y que si en realidad se hallan muy atrasados la industria y el comercio, más bien debemos proponer remedios á estos males que acumular quejas y recriminaciones al alcance de cualquiera inteligencia. Sería inútil, sin embargo, suponiendo que tuviésemos la necia pretensión de creernos de ello capaces.

Á pesar de las apariencias favorables que con ciertas intermitencias se observan, juzgamos que España tardará mucho tiempo en conseguir un grado notable de adelanto en la industria y el comercio considerados en su conjunto. Los progresos de estos últimos años, que nos parecen colosales, son bien poca cosa comparados con los progresos de los otros pueblos civilizados. Enhorabuena que la agricultura y la minería sean dos bases muy sólidas y muy notables para el bienestar y la prosperidad del país; pero no vemos los medios prácticos de que España aproveche los elementos de su territorio en tal cantidad y de tal manera que relativamente no sigamos atrasados por tiempo indefinido. Opuesta á los progresos industriales hay una razón muy poderosa que repetiremos una vez más: *¡No lo da de sí el país!* Son entre nosotros males irremediabiles el desbarajuste administrativo, la impotencia y la incapacidad de los Gobiernos, por un lado; la apatía y la ignorancia, por otro; la falta de patriotismo, por todas partes y en todos los asuntos. Sería necesario, además, que nos despojásemos de nuestra fantasía, que reconociésemos nuestra pequeñez y que todos los hombres honrados y enérgicos se asociasen cuanto antes para combatir los estragos, de año en año crecientes, que causa entre nosotros la inmoralidad pública.

Que no desmayemos, de todos modos, en trabajar por la patria, sea ó no verdad que para sobresalir en los adelantos industriales y mercantiles del mundo hace falta gente más activa, más laboriosa, menos atolondrada, menos torpe de lo que, por regla general, somos los españoles.

L. MALLADA.

(Se continuará.)



LA HERMANA DE LA CARIDAD (1)

Es una mística flor,
que Dios al mundo le envía
para templar su agonía,
para acallar el dolor
que nos hiere noche y día.

Como cándida azucena
á nuestra vista aparece;
entre los abrojos crece,
y allí donde hay una pena
su aroma allí nos ofrece.

Su afán es el dar consuelo;
en ella no hay otro anhelo
que mitigar el quebranto,
y enjugar extraño llanto,
que así se lo manda el cielo.

(1) De la obra inédita titulada *Cuadros de Caridad*.

Ajenos dolores siente,
su compasión es sincera,
su vista anima al paciente
y es la constante enfermera
de la humanidad doliente.

—

Mientras el contagio ahuyenta
la gente despavorida,
de la oración asistida
ella sola se presenta
á dar á muchos la vida.

—

No hay peligro que la espante;
ella es prenda de concordia;
su voz sola es un calmante
y es su tranquilo semblante
signo de misericordia.

—

De la encrudecida guerra
cruza en medio del fragor,
cual iris consolador;
es un ángel en la tierra
que va al lado del dolor.

—

Hija el anciano la llama,
y madre la llama el niño;
de Cristo el amor la inflama,
y así abunda su cariño
y en Jesús á todos ama.

—

Del árbol de Caridad
rama pomposa y florida,
su aroma y frondosidad

dan en perenne bondad
aliento, salud y vida.

Estrellas son esos seres
cuyo brillo va interior;
esas cándidas mujeres
cuyos goces y placeres
son las penas y el dolor.

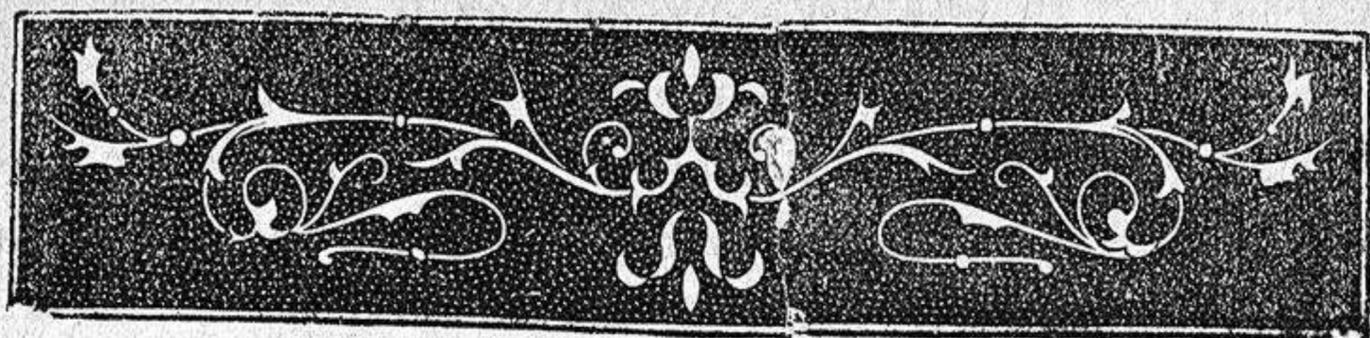
Como el modelo divino,
su vida pasan sufriendo;
la pasan el bien haciendo,
y así del cielo el camino
van, anhelosas, subiendo.

Siga el orgullo gritando
y llámese vencedor,
que esas mujeres, callando,
la tierra están cultivando
para un destino mejor.

CARLOS M. BARBERÁN.

Lorca, Febrero 1889.





ANTONIO DE TRUEBA

Y

LO GAYTER DEL LLOBREGAT (RUBIÓ Y ORS)

DOCAS serán las personas cultas que no hayan leído y saboreado con fruición alguna de las obras del popular poeta *Trueba*, conocido por infinidad de personas con el nombre de *Antón el de los cantares*, gloria regional de las Provincias Vascas y gloria española para todos cuantos conocen de verdad la lengua inmortalizada por Cervantes.

Muchas plumas doctas consagraronle en vida alabanzas al distinguido escritor y lloraron su muerte, consignando de paso en necrológicos artículos curiosos datos de su accidentada vida, con avidez leídos por cuantos fueron y serán, mientras vivan, admiradores de aquel símbolo viviente de las libertades tradicionales de un país que á honra tuvo el contarle por cronista.

Pareciéonos oportuno cooperar á este noble afán, añadiendo pormenores que, si interesan para poder dibujar en la historia literaria, con seguros perfiles morales, el alma del poeta, no interesan menos á la literatura regional contemporánea de Cataluña y á la historia de la

recíproca influencia que entre sí han tenido los cultivadores de las letras en diferentes provincias, cuyos trabajos forman los variados florones que engalanan la más delicada de las coronas de la Patria.

De un artículo que publica el periódico *La Nación*, de Bogotá, redactado por D. A. R. Ll., hijo, según deja ver, de mi queridísimo amigo D. Joaquín Rubió y Ors, conocido por *Lo Gayter del Llobregat*, de fama universal desde sus *bodas de oro* solemnemente celebradas en Barcelona en el mes de Febrero último, y de la publicación políglota de sus poseías (cuyo tercer tomo saldrá á luz en breve), recogimos algunos datos que hubieran de parecer incompletos á no acompañarles otros que diligentemente hemos debido á la amabilidad del anciano poeta catalán.

Cuando el citado R. Ll., corresponsal de aquel periódico, fué, según nos dice, en 1871 á continuar en la Universidad Central sus estudios de Filosofía y Letras, asistió con el renombrado poeta catalán, su padre, á la modesta tertulia literaria que las más de las noches y en el seno de la mayor confianza se reunía en Madrid en una de las apartadas calles que dan al Prado, habitada á la sazón por D. Diego Luque, persona de conocida ilustración y buen gusto y amigo predilecto del eminente poeta dramático D. Luis Eguílaz. Concurrían con frecuencia á dicha tertulia el dulce poeta D. Antonio Arnao, recientemente arrebatado á las letras castellanas, Trueba, Frontaura y otros escritores no menos conocidos, entre los cuales figuró Menéndez y Pelayo, que acababa de terminar sus estudios y fué presentado por quien en Barcelona había sido su maestro, el Sr. Rubió, al mismo tiempo que D. Miguel Costa, muy conocido ya aun antes de que terminara su carrera, por su oda magistral *Lo Pí de Formentor*, y el citado corresponsal D. A. Rubió y Lluch.

Sorprendióle mucho á este joven en dicha tertulia que en lugar del escritor que él se figuró, rodeado de un nimbo de ternura y melancolía exquisitas, sin duda por

desconocer las contrariedades de la existencia de Trueba, se le apareciese un verdadero montañés de torpes maneras, alto y robusto, distraído y caviloso, pero afa-ble, sencillo y paternal para con los jóvenes, y cuya bondad se reflejaba en la modestia y dulzura de sus facciones con intensidad tanta como en las páginas de sus libros siempre brota.

Dominaba, dice el mismo señor, en la patriarcal tertulia de casa de Luque, compuesta de caracteres apacibles y reservados, una homogeneidad de temperamentos é ideas que le daban cierta monotonía y somnolencia, á lo cual contribuía en parte la penumbra que les rodeaba, debido á la escasa iluminación que presidía en aquel entonces á las casas de Madrid, y la cual penumbra hacía que resaltase más el fuego del cigarro de *Trueba*, fumador incorregible é infatigable, cual lo confesó él mismo en el artículo *Fumemos*, que pocos habrá que desconozcan.

Fortificáronse en el hijo de Rubió las antiguas simpatías que la lectura de los cuentos de *Trueba* le inspirara desde niño, con el trato cariñoso de aquél que, con modestia suma, se vanagloriaba de que Rubió padre hubiese sido para él un maestro á quien debía los últimos laureles cosechados durante su vida literaria. En efecto, *Lo Gayter del Llobregat*, que tanto ha contribuído al moderno Renacimiento catalán, tiene esa gloria más, que hoy por hoy reducido número de literatos y críticos conocen, de que en la tertulia de D. Diego Luque hubiese proporcionado *Trueba* al autor de *Lo Gayter del Llobregat* gratísima sorpresa, no sólo por el recitado de poesías enteras suyas en catalán, sino por la paladina confesión de que *el camino bueno ó malo recorrido en su vida literaria comenzaba en la lectura y estudio de dichas poesías*, que le hizo renunciar al trilladísimo hasta entonces adoptado.

Á este propósito, sabedor el que suscribe de que en ocasión de presidir por delegación del Gobierno (1871) Rubió y el Dr. Viscasillas, catedrático hoy de Hebreo

en la Universidad Central, los ejercicios académicos de la Universidad libre de Vitoria, había recibido aquél una carta que desde Bilbao le enviara *Trueba*, procuramos tomar nota de este importante autógrafo, cariñosamente conservado por el poeta catalán, y justo nos parece, después de suprimir la muy afectuosa primera parte de la carta, copiar el siguiente párrafo de la misma, interesante por igual á la literatura catalana y á la autografía de *Trueba*: “Espero la oportunidad de decir públicamente una cosa, que es la pura verdad, y es *que si vale algo lo que he escrito, y, buena ó mala, he seguido una senda literaria propia, lo debo á usted*. Yo no me atrevería á dejar de ser uno de tantos; á renunciar á seguir el carril que la generalidad recorría; á dejar de imitar á ese otro ó al de más allá; mas el día que leí *Lo Gayter del Llobregat*, acabaron mis vacilaciones poético literarias y emprendí una nueva senda. Gracias, *¡maestro respetado y querido!* Poco antes de leer *Lo Gayter* me dijo Piferrer, la única vez de mi vida que le hablé, en la plazuela del Carmen de Madrid: “Á usted le conviene mucho conocer la poesía lemosina. Empiece usted por Rubió, que es, por lo sencillo, limpio de frase y afín á la poesía castellana moderna, el que mejor comprenderá usted y menos le cansará.” Así lo hice, y desde entonces amo y bendigo al muerto y al vivo.....”, etc.

De qué modo cumplió su palabra, mejor que nosotros lo dirán cuatro párrafos tomados de *La Ilustración Hispano-Americana*, en su número de 22 de Noviembre de 1875, que nos parece oportuno repetir aquí, tomados de una larga epístola dirigida por *Trueba* á D. Abelardo de Carlos, especie de preámbulo á la delicada traducción del romance catalán de Rubió y Ors, *El Trovador y la Dama*, hecha por Arnao y leída en una de las sobredichas sesiones literarias de casa de D. Diego Luque; carta en la cual, después de discretas reflexiones acerca del Renacimiento de la literatura catalana, figuran las observaciones siguientes:

“Permítame usted, Sr. D. Abelardo, que diga algo de

lo que sentí y pensé é hice algunos años después, cuando vino por casualidad á mis manos y leí *Lo Gayter del Llobregat*. Desde niño tenía yo gran afición á la poesía, y antes de abandonar el hogar paterno (huyendo de la guerra civil, más feliz que los hijos de mi hermano, que no han podido hacer lo mismo, porque los carlistas de su tiempo tienen el corazón más duro que los del mío) la cultivaba, como puede cultivarla un niño, hijo de unos pobres labradores, nacido y criado en un caserío escondido entre los árboles del regazo de la montaña, y cuya instrucción literaria se reduce á la que en una aldehuela puede adquirir el hijo de padres tan pobres como los míos.

„Vine á Madrid, y aquella afición continuó, aunque tropezaba con dificultades que no había conocido en la aldea, donde mis superiores, lejos de llevarla á mal, la aplaudían. Lo cierto es que yo, rebelándome contra mis nuevos superiores, que llevaban muy á mal mi afición á los versos, hacía versos en Madrid, pero los hacía empleando procedimiento muy distinto del que había empleado en la aldea. En la aldea no imitaba al último poeta que había leído, por la sencilla razón de que allí no leía ninguno; en la aldea cantaba, como Dios me daba á entender, lo que sentía y veía, sin más modelo ni maestro que mi natural inclinación y mi gusto malo ó bueno, y en Madrid sucedía todo lo contrario. Por aquel tiempo todavía imperaba el romanticismo, y los únicos versos que yo tenía proporción de leer eran versos románticos, ó versos que, al recordarlos después, si no me he atrevido á calificarlos de románticos, no he dudado en calificarlos de malos. Los que yo hacía eran sencillamente imitaciones de los últimos que había leído, de modo que unos recordaban á Larrañaga, otros á Zorrilla, otros á Tassara, otros á Bretón y otros á la turba-multa de poetastros que llenaban de coplas los periodiquillos literarios, políticos y mercantiles. Yo me decía, ó cuando menos pensaba vagamente, cada vez que terminaba una de aquellas imitaciones: “Esto no llena com-

pletamente mi gusto, no satisface por completo la necesidad de mi alma, no responde más que imperfectamente á lo que yo ambiciono, ni me parece que es lo que debe ser la poesía esencialmente subjetiva, porque esto reproduce el fondo y la forma de los que han cantado, y no el fondo y la forma del que canta. Más que esto me satisfacían los versos en que yo no imitaba á nadie, sino á la naturaleza y á mí mismo.

„Al fin la casualidad trajo á mis manos *Lo Gayter del Llobregat*, le leí, le aprendí de memoria, y tal impresión hizo en mí, que creyendo haber desaparecido de repente las tinieblas que hasta entonces me habían cegado y hecho caminar por la senda del error, sustituyéndolas un torrente de luz que ponía manifiesta á mis ojos la senda de la verdad, *condené al fuego todos los versos* que hasta entonces había compuesto, menos algunos con que me había entretenido tímidamente y sólo como desahogo de mi corazón y satisfacción de mi gusto, que sólo Dios y yo habíamos de conocer, y *me propuse admirar y saborear desde entonces á todo poeta que me pareciese digno de ser admirado y saboreado y no imitar á nadie mas que á la naturaleza en general*, y á mí mismo en particular, aunque el mundo entero me silbase y todos mis sueños de gloria literaria se desvaneciesen por completo.„

Bueno es que conste, en honra de la literatura catalana, esta influencia ejercida sobre *Trueba*, quien, en el mismo año de la publicación de dicho artículo en la *Ilustración*, decía, dedicando un ejemplar de su novela *Mari-santa*: “Al Sr. D. Joaquín Rubió y Ors. El camino bueno ó malo que he seguido en mi vida literaria empieza con la lectura de *Lo Gayter del Llobregat*, que me hizo renunciar al trilladísimo que hasta entonces había seguido. Si dedicara á usted todas sus obras no haría más que lo justo: ¡cuán poco hace dedicándole ésta, su cariñoso y agradecido amigo y discípulo Antonio de Trueba!„ Y como si no bastasen esas sus dos declaraciones, pública la una y privada la otra, de lo que su modestia

excesiva consideraba como una deuda de gratitud al autor de *Lo Gayter*, cuando le remitió, pocos meses antes de morir, la traducción de su romance *Un cor de filla*, escribió al pie de la misma, encargándole que la diera á luz junto con su traducción, la siguiente nota que, en efecto, publicó el Sr. Rubió, accediendo á tales deseos, en la *Addició al Apendix* del tomo I de la edición *poliglota* de sus versos catalanes: "De este precioso libro (*Lo Gayter del Llobregat*), que influyó poderosamente en la dirección, cuando menos en el fondo de mi inspiración poética, como ya en otra ocasión tuve el gusto de declararlo públicamente en carta dirigida al señor director de *La Ilustración Española y Americana*, é impresa en dicha revista con motivo de dar á luz en ella la bellísima versión de D. Antonio Arnao de la poesía titulada *Romeus*, de ese precioso libro hice otras traducciones en verso castellano, pero ni cuidé de conservarlas, ni me ha sido posible reunir las después, no tan sólo por mi natural desidia en punto á coleccionar mis trabajos literarios, si que también porque estaba muy lejos, como la traducción que precede, de ser dignos del original del iniciador del renacimiento de la lengua y de la literatura catalana, el autor de *Lo Gayter del Llobregat*."

En grado tal se familiarizó Trueba con la lectura de los versos catalanes, que se creyó con fuerzas para escribir la estrofa:

Comptesa sense corona
Te diu Rubió, Barcelona,
Plorant de sa lira al só,
Mes corona tens encara,
Que si una has perdut, tens ara
Altra mes bella en Rubió.

Debido á la cual obtuvo ruidosa ovación (1) de varios jóvenes catalanes, y entre ellos de su más íntimo amigo el tan conocido literato *Coll y Vehí*, quien al acabar de

(1) Lo afirma el mismo Trueba en la hoja literaria del *Noticiero Bilbaino* de 29 de Enero de 1883.

oirle añadió: "Tienen más mérito en *Trueba* esos versos catalanes que en Rubió y Ors *Lo Gayter del Llobregat*."

De los documentos citados se desprenden importantes datos autobiográficos de su especial vocación poética y del sorprendente cambio operado en el corto período que medió desde la publicación del *Cid Campeador* al *Libro de los cantares*, libro en donde *Trueba* se nos revela ya con todos los rasgos peculiares de su original fisonomía.

No es lo mismo, sin embargo, señalar la influencia ejercida en la dirección del elemento subjetivo de *Trueba*, que pretender afirmar haya seguido las huellas de una obra catalana inspirada en una naturaleza, tradiciones y costumbres distintas de las que á sus ojos se ofrecían, como á primera vista pudiera creerse. "El romanticismo histórico del *Gayter*—dice el antes citado Rubió y Lluch—no podía decir nada á los nobles hijos de Vizcaya. *Trueba* podía en todo caso apreciar el sentimiento de algunas poesías íntimas de aquella colección, que tan bién se avenían con su carácter; pero ¿cómo cantar, cuál el hijo de Cataluña, recuerdos históricos, nacionales y literarios que en Vizcaya no existían con tanta fuerza, ó cuando menos no se manifestaban en una literatura nacional, rica y gloriosa como la catalana, ni en una existencia política y social tan determinada y vigorosa como la del Principado? ¿Ni cómo echar á menos, cual aquél, instituciones que, por fortuna, todavía vivían robustas en la tierra vascongada cuando el poeta montañés escribió sus primeros libros?,"

Así se explica que el romanticismo de *Trueba* tenga más de idilio y patriarcal que de histórico, salvo el elemento tradicional que inevitablemente acompaña á todo cantor de las costumbres del pueblo.

Lo que en rigor verificó *Trueba* fué aceptar noblemente un naturalismo de buena ley por medio de un arte popular que recibiese su fuerza del especial modo de ser del país donde se meció su cuna (1). De esta suerte, cú-

(1) Rubió Lluch, artículo citado de *La Nación* de Bogotá.

pole la gloria de haber sido el primer escritor propiamente *regionalista* en lengua castellana. Su fama aumentóse desde el momento en que abandonó en sus escritos los moldes de lo convencional para acogerse á los puros y espontáneos del elemento popular, inagotable fuente de inspiración y de ternura. Sus ensayos en la novela histórica y caballeresca de *La Paloma y los Halcones* y *Las Hijas del Cid* hubiéranle dado una popularidad que no pasaría de la generación contemporánea, y aconteciera otro tanto con su trabajo *El gabán y la chaqueta*, novela social que, si bien revela al fácil y correcto colorista denuncia ciertos defectillos de insulsez y desigualdad en el conjunto. ¡Cuán diferente se nos presenta, y más aún habrá de presentarse en el porvenir, desde la publicación de sus admirables obras de *El libro de los cantares* y *Cuentos de color de rosa!* Y esto débese principalmente á que en esas lindas producciones, Trueba preséntasenos original, espontáneo y afanoso de beber su inspiración en perenne modelo de todos los siglos. Gratísimo se nos hizo rendir este tributo de respeto, á la vez que á la memoria de Trueba, siempre por nosotros admirado, á la literatura regional catalana; y enlazar con la gloria póstuma de aquél la del venerable Rubió, decano catedrático en la Universidad de Barcelona, á quien debemos hace bastantes años el cariñoso presente de su libro de versos *Lo Gayter del Llobregat*, parte del cual tradujimos los primeros al gallego, figurando más tarde algunas de nuestras traducciones, con las de otros escritores galicianos, en la brillante edición *políglota* de dichas poesías, hermoso conmemorativo de las de *Bodas de oro* de Rubió; que por lo distinguido de los literatos que firman sus traducciones y la riqueza y variedad de lenguas y dialectos en que aparecen redactados tales trabajos, constituye magnífico monumento literario, que habrá de ser apreciado, tanto ó más que en la española, en la general historia literaria de las naciones más distantes de la nuestra.—JOSÉ PÉREZ BALLESTEROS.

La Coruña 31 de Agosto de 1889.



SEIS DÍAS EN ZARAGOZA ⁽¹⁾

I

En marcha.—Alcalá de Henares.—Guadalajara.—Calatayud.—Casetas.—Llegada á Zaragoza.—Alegre aspecto de la ciudad.—La Magdalena.—La casa de Zaporta.—La Virgen del Pilar.—La puesta del sol.

MINUTOS faltaban para la salida del correo de Madrid á Zaragoza, cuando azorados penetrábamos por las salas de espera, malecón en mano y corriendo el sudor por nuestros rostros, en demanda de un carruaje en que instalarnos en nuestro nocturno viaje á la inmortal ciudad de la Virgen del Pilar. Conseguido nuestro objeto, en un departamento en que íbamos completamente solos, antes de darnos cuenta de la colocación de nuestro pequeño equipaje, el tren salía majestuosamente de la estación envuelto en blancas nubes de vapor que silbando escapaban del ardiente seno de la poderosa locomotora. Dejábamos atrás á la corte, sumida en el pesado marasmo del verano y despobladas sus calles y paseos de elegantes carruajes y ataviadas damas. La *crema* de la elegancia se hallaba en el Norte y en el extranjero, y

(1) Del libro inédito *Recuerdos de viajes por nuestra patria*.

los pobres habitantes de los barrios de Toledo y de San Lorenzo remojaban sus cuerpos en medio de pesados y fatigosos sudores en las bochornosas playas de Alicante y Valencia, que anualmente reciben las visitas de aquella levadura del antiguo Madrid popular.

El mes de Agosto y parte de Septiembre son los más pesados y asfixiantes en la villa y corte manchega, y así pensándolo y discutiéndole en una noche del dicho mes del año de gracia de 1880, entre los acordes de la serenata morisca de Chapí, en los Jardines del Retiro, determinamos la trinca de amigos que formábamos nuestra nocturna reunión escapar de Madrid, pero en dirección contraria á la que llevase la gente. Esta escapa al Norte ó al Este, pues vámonos nosotros por en medio de estos dos puntos cardinales. No faltó quien propuso ir á Panticosa, pero aquella idea fué rechazada por caridad, y digo caridad, pues una falta de ella era ir á presentarnos como *turistas* en medio de aquellos desgraciados que allí buscan alivio á terribles y crueles males, tres seres quienes, gracias á Dios, gozábamos de la más completa salud y sanos rostros; por eso digo que fué rechazada la idea por caridad con el prójimo.

¿Adónde ir? ¿Á Piedra? Habíamos estado ya en el célebre lugar de toda expansión y goce del espíritu. ¿Guadalajara? La conocíamos como nuestra casa. ¿Alcalá de Henares? Ya quedaban consignadas serias impresiones en unos artículos que habían visto la luz pública, y que gustaron (Dios se lo pague á quienes tal los juzgaron). Había más: no podíamos alejarnos por muchos días, era cuestión de una semana nuestra escapatoria; y así discutiendo, ocurriósenos una ciudad ilustre y que nadie había nombrado, creyéndonos mutuamente ser de todos conocida, Zaragoza, y entonces convinimos en que la ilustre ciudad era completamente desconocida para todos.

No se habló más, y quedamos citados para esta noche, en la que tenemos el gusto de saludar á ustedes desde el vagón que va cruzando seguidamente el campo ma-

drileño, que nada tiene de poético ni encantador.

Discurriendo acerca de las impresiones religiosas y artísticas que nos esperaban en la ciudad de los mártires y de las heroínas de la independencia, llegamos á Alcalá. La noche era hermosa, la creciente luna iluminaba dulcemente á la ciudad asentada en las verdes márgenes del Henares. Los torreones de la cerca del palacio arzobispal aparecían como vigilantes avanzadas de la ciudad, sobre la que se elevaba la alta torre de la catedral, las cúpulas de la Madre de Dios, de las monjas Bernardas y cien iglesias más. Los elegantes contornos de la patria de Cervantes se recostaban, limpios y atractivos, sobre un cielo sin nubes, sobre el oscuro fondo de los cercanos montes.

En la estación bullía la gente y notábase esa animación especial que distingue á la conocida posada de ¡Almendras de Alcalá! con que la golosina del dulce ha sustituido al dulce atractivo científico de su ilustre escuela. Nadie nos interrumpió en nuestra *amplia* comodidad, y pronto el tren se puso en marcha. En el silencio de la noche, entre el chirrido de los grillos, oímos gritar Meco, tan famosa por su bula, Azuqueca, Guadalajara; este nombre me hizo levantar para saludar, aun cuando no fuese más que desde lejos, su rico palacio del Infantado, y recordar la impresión de sus preciosas salas de los salvajes y de cazadores, para entregarme de nuevo al quietismo y á disfrutar el agradable fresco que del campo llegaba, saturado ya con los lejanos perfumes de la encantada Alcarria, que no hacía mucho habíamos visitado en sus históricas poblaciones de Santorcaz y Pastrana, en recuerdo de Cisneros, de la princesa de Éboli y otros nombres ilustres que consignados quedan con las impresiones de aquella poética y hermosa expedición á través de los perfumados senos de aquella hermosa naturaleza.

Y así seguimos caminando, alumbrados por la clara luna que hacía centellear las aguas del pacífico Henares, que ora á nuestro lado, ora más escondido entre fo-

llajes, caminaba al lado derecho de la vía, corriendo sus aguas en sentido contrario de nuestra marcha. La conversación decayó, y poco á poco el sueño dobló nuestros párpados, reinando el silencio en el vagón. Prolongados silbidos de la locomotora nos despertaron, y nos hallamos entre Medinaceli y Ariza; el paisaje cambiaba y los túneles hacían resonar estrepitosamente el ruido del tren en el interior del coche. Pasó aquello y nuevamente el sueño nos rindió, despertando á las voces de.....

—¡Calatayud, quince minutos!

Así como el sueño había descansado nuestros cuerpos, el estómago pidió también su parte, y todos convinimos en que un chocolate en la famosa Bilbilis, la patria del epigramático Marcial—no en el sentido en que hoy los vemos en almanaques y cajas de cerillas,—en su honor, no sería cosa que se opusiese á las impresiones artístico-históricas en cuya demanda hacíamos el viaje. Convenido, bajamos del vagón; un fresco delicioso con un agradable vientecillo que agitaba las inmediatas arboledas acabó por despejarnos, y que hiciéramos perfectamente cumplido honor al chocolate *Marcialano* y á sus famosos bizcochos, de que dimos una regular cuenta. Agua fresca, pura como procedente de las montañas y del vecino Moncayo, esparció nueva vida por nuestros cuerpos, que aún conservaban algo de la tostadura cortesana, y volvimos al vagón. Eran las cuatro; las estrellas brillaban con dudosa claridad, la luna se había ocultado ya, y por allá lejos, á nuestro frente, comenzaba á blanquear el horizonte anunciando el día.

La pesadez del amanecer hizo que languidciese la conversación y que, sin darnos cuenta, fuésemos quedando nuevamente dormidos. Así pasamos por Ricla, Morés, Calatorao y otras estaciones, hasta que la parada del tren y el quietismo en que quedaron los carruajes, junto con el abrir de las portezuelas, nos despertamos. Abrir los ojos y tener que cerrarlos ante la viva luz del sol, fué instantáneo. Aquel sol naciente nos había deslumbrado.

—¡Casetas, diez minutos!

—Billetes, caballeros—dijo al propio tiempo el revisor.

Presentamos nuestros cartoncillos y echamos pie á tierra..... ¡Qué mañana tan hermosa! ¡Qué estación tan preciosa y elegante! ¡Qué verde campiña, qué arbolado, qué cielo, qué conjunto más encantador! La animación bullía por todos lados: viajeros que descendían del tren para tomar el inmediato de Pamplona, otros que venían en demanda del nuestro. Gritos, conversaciones, lenguaje cariñoso, interjecciones aragonesas, alegría, inocencia y honradez en los francos rostros de aquellos aragoneses; un cuadro cuya animación hay que verla para poderla sentir, y todo bañado por un sol espléndido y un exceso de luz, de calor, de vida.

—Aquí hay una excelente leche—dijo un viajero que acababa de tomarla en el vecino café y con esa franqueza tan especial entre viajeros.

—Vamos á saborearla—dijimos, y allí encaminamos nuestros cuerpos.

Limpio y modesto café, excelente leche, ricos bollos y bizcochos, servido por graciosas muchachas, listas, francas y agradecidas á bromas de buen género, hacen pasar un rato delicioso hasta que la campana os llama de nuevo al tren para pasearos unos diez kilómetros en vagón por una amena huerta sin comparación en esta inculta España. Casas de campo, *torres*, como se denominan en el país, al igual de Cataluña, frondosas arboledas, canales de riego, forman como en artística revista á los lados de la vía; allá entre frondosa arboleda vese ancho cauce y caudal de agua: es el viejo Ebro. ¡Salud al ilustre río, frontera en mil combates é invasiones! Aquellas mansas aguas se han teñido cien veces con sangre ibera, romana, goda, mora, francesa, y..... quién sabe aún qué destino te guardará el ingnoto libro de la futura historia. Alma y vida de estos reinos en que las rojas barras son tu escudo, atravíasas á Aragón para venir luego á unir con tus aguas á Cataluña y Va-

lencia y morir en el poético y azul Mediterráneo. ¡Salve, dichoso río, que, embellecido por tu leyenda, llevas tu vida y muerte en estos reinos de tan noble historia!

Ya las quintas aumentan, ya las huertas se convierten en jardines, ya se atildan y primorizan las casas y sus fachadas: son las avanzadas de la ciudad, que aún no vemos, pero sí sus elevadas torres, que se destacan en el azul del cielo; ya estamos cerca, comienza á verse el grupo que un día constituirá un barrio y se agregará á la capital; ya distinguimos las masas de la población, cúpulas, templos yafiligranadas torres, cual artísticas agujas clavadas en el verde turbante de una reina mora.

¡Salud, noble ciudad, cuna de santos, héroes, mártires y sabios, yo te saludo hasta que pise tu suelo, consagrado por la fe y el heroísmo, salud, repito, la protegida de César y consagrada por la Reina de los cielos!

Hemos llegado; el tren detiene su marcha ante un feo edificio, que es la estación, llamadas así en nuestra patria porque en estos apeaderos se ha estacionado el mal gusto y la inmoralidad y desaseo. Echamos pie á tierra, y, tomando nuestro modesto equipaje, salimos de aquella especie de mesón. Multitud de ómnibus, con los nombres de las fondas, se hallaban alineados. Buscamos el de la fonda del Universo, del simpático hostelero Fostri, y de la que teníamos las mejores noticias, y esperamos á que los demás viajeros terminasen esa rápida operación de la entrega de equipajes, en la que nuestras empresas, que si cobran caro sirven mal, apenas invierten una hora en semejante acto. El tiempo para nuestras Compañías ferrocarrileras no es oro, como para las inglesas; tienen otra cosa más poderosa, y lo demás les importa poco ó nada del viajero.

Las siete y media de la mañana serían cuando penetramos por las calles de Zaragoza, después de atravesar una antigua puerta. Con las poblaciones, lo propio que con los individuos, la primera impresión prevalece mucho en nuestro ánimo; una primera vista nos hace una

ciudad ó una cosa agradable, simpática ó repulsiva. Zaragoza nunca podía tener el segundo carácter; ni su historia ni sus hechos podían dejar de producir honda huella de respeto y consideración en nuestro pecho, y su aspecto correspondía á nuestras esperanzas. Sus calles antiguas, con grandes fachadas y orlados balcones, sus amplios y desnudos portales, los avanzados aleros de sus tejados y claras cortinas en los balcones, le daban aspecto señorial, pacífico, recuerdos de otras costumbres y modos de ser, que la apartaban, en lo que veníamos viendo, del carácter uniforme de las poblaciones ajustadas al patrón del figurín francés. Para calles tiradas á cordel, casas de cinco pisos y hotelitos de confitería, no necesitábamos salir de Madrid; lo que buscábamos era lo que ya va siendo difícil hallar: restos de edades que pasaron, antiguos edificios y monumentos que labraron otras generaciones, pero llenas de una fe y de un entusiasmo de que carecemos en medio de nuestra prosaica y utilitaria vida madrileña.

Después de atravesar algunas calles de este género, en las que pocos eran los transeuntes, desembocamos en la anchurosa calle y paseo de la Independencia, ó paseo de Santa Engracia; la impresión no pudo ser más grata. El sol bañándole con sus dorados rayos, desierto el paseo, aquel cielo azul y transparente, un fresco agradableísimo, recién regado el pavimento, algunas fachadas modernas de claros colores, una serie de arcos que cubren la acera, dentro de los cuales leo *Café Suizo*, y otros establecimientos, entregados á la matutina policía, luz, ambiente, limpios árboles en el paseo, que presentan los más variados matices del verde con la luz del sol; salud y vida rebosando en el rostro de frescotas sirvientas, que llevaban en sus carrillos el aterciopelado de sus famosos melocotones, como signo de una vida rica en sangre y en hierro, y la alegría de quien madruga en sus grandes ojos.

Atravesamos el Coso y penetramos en la calle de Jaime I, y en una especie de ancho ó plazoleta detúvose

el ómnibus en la puerta del hotel del Universo, en el cual quedamos cómodamente instalados, junto con gran número de viajeros que ocupaban sus vastas dependencias. Terminadas nuestras operaciones de policía, tratóse del plan del día, y, como domingo que era, y católicos apostólicos romanos nosotros, creímos deber comenzar por oír misa y dedicar la mañana á los templos. Sin discusión, cosa rara entre tres españoles reunidos, quedó aprobado el plan, y entonces surgió la idea de en qué templo. Zaragoza abunda en iglesias, y aun cuando el del Pilar parecía el llamado, no obstante, todos convini- mos en que, como más grande y majestuoso, debíamos comenzar por oír misa en otro templo, y después enca- minar nuestros pasos de peregrinos de la fe y del arte en demanda de la madre de los aragoneses, de los espa- ñoles todos, y humillar nuestra frente ante la milagrosa aparición de la Reina de los cielos, patrona de esta Es- paña, en que tanto se la venera, ama y reverencia.

Así quedó convenido, y, abiertos nuestro corazón y nuestros ojos á recibir impresiones que recreen nuestras almas, salimos del hotel á la ventura. En la primera igle- sia que oigamos tocar á misa, allí será nuestro puerto para consagrar á Dios el día. No anduvimos muchos pasos en *nuestra calle*—como que vivíamos en ella hacía media hora,—cuando en una iglesia, que era la de San Gil, sonó una campanada con agudo timbre y como di- ciendo: venid, venid, venid. No nos hicimos sordos á su ruego y penetramos en el templo; alguna gente le ocu- paba, formando grupos; eran madrugadores, como nos- otros; abundaban más las gentes del pueblo que las se- ñoras y veíanse más cestas que mantillas.

Terminada la misa, salimos sin habernos detenido á examinarla á luz del arte; ya luego nos ocuparemos de los templos y de las bellezas y riquezas que encierran; ahora vamos á recorrer la población en su aspecto ex- terno, á encontrarnos de improviso con algún monu- mento de esos que conocemos por la fotografía ó por el grabado, y así, vagando á la ventura perdidos por estas

antiguas callejuelas, llenas de recuerdos, daremos con el templo de la Virgen; llegaremos á él como peregrinos guiados por su santo amor.

Así lo hicimos, y saliendo nuevamente al Coso, tomamos por el lado contrario de nuestra venida, y paseando por sus anchas aceras, vinimos á encontrarnos frente á un edificio; era la Universidad literaria. Su fachada no encierra nada de notable y menos de antiguo; su aspecto es moderno y aun pobre, no responde á un verdadero templo de la ciencia. Al lado izquierdo de su fachada levántase otro edificio lleno de encanto por sus labores y alicatados; era la Magdalena. Su preciosa torre nos encantó desde el primer momento, y largo tiempo estuvimos contemplando aquella obra mudéjar, muestra del gusto de aquellos modestos alarifes, tan artistas en sentir y pensar como prácticos y pulcros en ejecutar. La impresión que aquella hermosa fachada y torre nos produjo fué tan grata que no podíamos alejarnos sin pena. Aquella combinación, aquel jugar con el ladrillo que, oscurecido por el tiempo y bañado por el ardiente sol, aparecía como dorado, nos encantaban; los dibujos, alicatados y almocárabe, que formaban unos cambiantes de luz y sombra, le daban al edificio una especie de vida que hiciera cambiar con internas expansiones el aspecto del resalte, que ora aparecía hundiéndose en el muro, como avanzando hacia nosotros. Ejemplares de tales construcciones existen tanto ó más preciosos que esta iglesia, pero la decoración que la rodea, el sol que la baña en estos momentos, le dan un encantador aspecto que atrae y seduce.

La fachada no es recta, y afecta más la forma de un ábside pentagonal, y en cuyo tercer lado se abre la portada. No sé por qué se me antoja, aunque para ello ningún dato tengo, que lo que es hoy el frontis de este templo debió ser ábside de alguno de mayor antigüedad, y que, desaparecido el cuerpo principal ó nave, quedó reducido á lo que hoy vemos. Indúcenos también á esta presunción la gran diferencia de tiempo que seña-

lan fachada y puerta, y los ventanales que en aquélla se abren. La portada es de estilo Renacimiento, con algún resabio de plateresca, y las ventanas pobres, desnudas las tres del centro y góticas las dos restantes. Unas y otras debieron abrirse posteriormente, á fin de dar mayor luz al templo. En los muros, hasta la imposta de la portada, vese ancha faja de agramilado con adornos de arquitos lobulados, apoyados en ligeras columnitas y de bastante saliente del muro. Sobre las ventanas, y llegando hasta los canecillos del tejado, otra ancha faja de ornamentación cubre las pardas paredes. Una hilada de sencillos modillones apoya un dibujo, que le forman una especie de marco apaisado que encierra un rehundido plano, y sobre aquél corre un dibujo formado todo él, como el resto de la fachada, por el saliente del ladrillo, que afecta la forma de losanges puestos en pie y entrelazados sus ángulos obtusos, y sobre su línea de cierre se apoya el tejado en graciosos y sencillos cabececos.

La torre, que se halla situada á la izquierda del espectador, demuestra la misma amalgama que la fachada: hasta el arranque del campanil conserva su hermoso carácter mudéjar, pero en el templete con que remata y se hallan las campanas se señala el mismo estilo de la portada. Todo el cuerpo de la obra hállase cubierto con el característico adorno, y en el tercio inferior ábrense todavía tres graciosos arquitos de herradura, uno de los cuales, el del centro, se halla mutilado por una ventana que se abrió en su base; graciosos recuadros de geométricas combinaciones suben hasta lo que en lo antiguo debieron ser los huecos de las campanas, y son dos sencillas ojivas, que se hallan hoy tapiadas en parte. Tal ha sido la impresión artística que en nuestro ánimo produjo este primer templo que á luz del sentimiento estético examinamos.

Desde allí tomamos por una calle estrecha y de sabor y antiguo carácter, por la cual avanzamos hasta llegar á una plazuela en la que vimos un mercado moderno y

la iglesia de San Pedro Nolasco, que nada de particular encierra. Avanzamos, y á poco un portal lleno de adornos del Renacimiento nos atrajo; entramos en la calle de San Jorge, y aquella portada y aquel balcón, que afecta la forma de un púlpito nos detuvo. Dos pilastras, cuyos planos van cubiertos de adornos propios del estilo, con capiteles con graciosas hojas de acanto, sostienen un rico friso que se apoya en la parte interior del hueco de la puerta en dos ricas ménsulas; se halla cubierto de ostentosa y linda ornamentación: sobre él apóyase el balcón de que hemos hecho mérito, flanqueado por dos jarrones que descansan en un pedestal flanqueado por curvilíneos adornos. Penetramos en el patio.

—La casa de la Infanta, exclamamos todos, pues que todos conocíamos, por la fotografía y el grabado, aquel precioso dije del arte del Renacimiento, y del Renacimiento español, de que tantas muestras nos dejaron, con su protección á los Covarrubias y Berruguetes, los Médicis españoles, los Cardenales Fonseca y Tavera, en su incomparable palacio de Alcalá de Henares, en Toledo y otros puntos.

Suspensos quedamos al contemplar *de verdad* lo que tanto habíamos admirado por la reproducción; embargado nuestro ánimo con aquellas bellezas, largo rato permanecemos examinando sus esbeltas columnitas y delicadas labores, sin darnos cuenta en medio de aquella grata y sentida confusión de líneas; el lujo y la elegancia imperan en esta obra, en que sus dueños, los Zaporta, supieron combinar la ostentación con un gusto depurado. Yo no espero ver cosamás delicada en este género; aquello, más que obra del artista, es el sueño de un calenturiento, es la traducción á la piedra de un desvarío. Es imposible, sino examinándolo detenidamente, formarse idea de aquella combinación de figuras, flores, follajes, animales, seres fantásticos de todas formas y posturas, desde el acurrucado monje que sirve de ménsula para apearse el entablamento, hasta la dama y el guerrero, el pájaro y el perro, que forman sus pares en dicha obra.

Las columnas bajas recuerdan las antiguas cariátides, pero aquí al fuste le sustituyen dos figuras humanas espalda con espalda, cubiertas de rodillas abajo con anchos mantos que descansan en redondos pedestales ó basamentos. El capitel, rico, florido, espléndido, descansa sobre las cabezas de aquéllas, y de éste un soporte trapezoidal, cuyas caras cubren monjes, etc., que sostienen, como dijimos, un arquitrabe ricamente adornado con flores y frutas. Sobre él se levanta la barandilla de la galería, cuyo antepecho ó barandilla la forman tableros en cuyo centro, y figurando una ventana circular, asoma un guerrero con traje del siglo XVI, armados con gruesos montantes y cubiertas sus cabezas con aplastadas gorras. Hermosos pedestales, profusamente adornados, sirven de base á preciosos balaustres en vez de columnas, y más propios del tallado en marfil que en piedra, sostienen los arcos semicirculares, ligeros, esbeltos y encasetonados un intradós de rico artesón. Estriados aquéllos, con plegados y flora, más parecen propios de un rico candelabro, obra de orfebrería, que destinados al sostén del ostentoso arco y arquitrabe lleno de elegantes labores. Graciosas y ligeras ménsulas, no menos ricamente talladas, sostienen el alero del tejado, dejando ver por el vano del patio un cielo azul y tan espléndido como aquella exuberante y fina ornamentación.

En la escalera, siguiendo el propio estilo, vense reproducidos en el barandal los guerreros del patio, con diversos adornos indumentarios; una columna que apoya su cabeza en el techo de la galería baja sirve de remate al pasamanos y está adornada aún con más rica profusión de guirnaldas que las del patio. En los muros del hueco de la escalera vemos también figuras mitológicas que van siguiendo el ascenso de aquélla, y en las pechinas en que se apoya el rico artesonado que cubre, en forma de cúpula, el vano de aquélla. Es ésta de madera con hermoso artesonado, cuyos variados casetones se hallan tan ricamente exornados y tallados cual los famosos del palacio de la Diputación en Valencia y los

del palacio arzobispal en Alcalá de Henares, y cuyas prolijas labores no será ésta la última vez que citemos en el transcurso de este viaje.

El conjunto de este precioso patio no puede ser más esbelto, más gracioso y ligero, sin pecar de recargado en medio de su abundosa ornamentación y complicadas labores. Vese allí la mano de los Badajoz y Covarrubias, que supieron imprimir un carácter distintivo y no fácil de confundir al Renacimiento español con el de otros países. El Renacimiento español tuvo caracteres propios; la influencia oriental, que se marcó, como es sabido, desde el bizantino ó romano bizantino, ingiriéndole adornos propios del gusto oriental, sucedió también con el ojival, á quien llevó también parte de su gusto. Tenía España elementos de que carecieron otros pueblos, y los cuales determinaron poderosa fuerza en el aspecto del estilo.

Lo que se llaman monumentos romanos no los había propiamente en España, y de aquí que, influídos por el genio arábigo, le prestaron su sabor y algo de su ornato, lo cual se advierte, como en otros artículos referentes á Granada hemos señalado. No hay edificio ojival que no conserve algún rastro de la influencia arábiga, y de aquí que al implantarse en la Península el Renacimiento, el influjo del adorno arábigo se había conaturalizado de tal manera, que revistió especiales condiciones, y de tal suerte, que se le haya denominado con el calificativo de Renacimiento español para distinguirlo de los demás. Y á esta influencia se debe que los arcos angrelados, las ondas de lóbulos y las menudas ajaracas y almocárabes se transportaran al plateresco en grata combinación con los elementos italianos.

Influencia que se hace tanto más de advertir en este país, en la patria de los Jaimes, como se nota en muchas construcciones, tanto civiles como eclesiásticas, desde el final del siglo XV y primeros años del XVI. La conquista de Granada, en que parte tan importante tenía la nobleza de Aragón y el entusiasmo que produjo la con-

templación de la Alhambra, despertó el gusto por aquella fantástica decoración, y la implantaron, acomodándola al estilo predominante en las nuevas construcciones y como un ensayo de lo que había de ser después. Influidó desde su entrada en España por estos elementos, determinó su aspecto, conociéndosele, como hemos dicho, por sus propias y genuinas inflexiones. El romanismo se inició tiempo después con el genio de Brunelleschi, y que siguieron los Covarrubias, Valdeviva y otros.

Salimos de aquel patio, que durante largo espacio nos había entretenido. Tomamos por una callejuela, y después de vueltas por una verdadera red estratégica, en la que las altas fachadas con ennegrecidos paredones, de misteriosos portales con antiguos blasones, nos hablaban de héroes y de antiguas familias, llegamos cerca de la Seo, la catedral del Salvador.

Desiertas plazuelas, en las que sonaban nuestros pasos y los de algún transeunte que ya antes de llegar se anunciaba sobre el sonoro empedrado; silencio, cual si aquellos caserones estuvieran deshabitados, y sólo era interrumpido aquél por el melancólico canto de la golondrina y el alborotado piar de gorriones que picoteaban por los suelos y escapaban con agudos chillidos al notar nuestra presencia; apenas nos hablábamos y nos mirábamos con el asombro que causa este hermoso silencio, esta grata quietud y sosiego, en quienes, acostumbrados al estruendoso y febril ruido de Madrid y el ingrato sonar de los coches sobre el pedernal, que atruena, nos causaba un asombro tal cual si hubiéramos ensordecido y todavía no nos diéramos cuenta de nuestro estado.

Una sonora oleada de majestuoso sonido cayó sobre nosotros. Una campanada que resonó armónicamente en medio de aquel silencio cayó sobre nosotros, y un anciano que apoyado en un recio bastón acababa de asomar en la plazuela se detuvo y descubrió respetuosamente. Era que alzaban en la vecina catedral. La cam-

pana volvió á sonar con acompasado golpe, y nosotros nos descubrimos y quedamos parados. ¡Qué grata emoción produce ese respeto al acto de la adoración, que se anuncia á toda la ciudad! En Madrid no suena la campana en este acto tan solemne; pero aun cuando sonara, ¿quién la oyera en el tráfago vertiginoso de la vida cortesana?

Terminado el acto, el anciano cubrióse y

—Santos y buenos días nos dé Dios—dijo al mismo tiempo que pasábamos por su lado, y á cuya ingenua y cristiana salutación correspondimos.

Avanzamos, y pasando por detrás del ábside de la catedral, de antiguo y hermoso carácter, dimos en una plazuela en la que vimos el palacio arzobispal, en lo que según supe luego fué aquello la antigua Diputación del reino, y atravesando otra callejuela dimos, sin reparar en edificios, en una plaza grande, con arbolado y en uno de cuyos lados se levanta un templo de inmensas proporciones, que nadie nos dijo era el Pilar, pero que todos conocimos por los numerosos fieles que entraban por la puerta junto á la cual nos hallábamos.

Antes de penetrar en el templo en que se alberga la Reina de los cielos, la patrona de Aragón, el consuelo de los corazones de ellos y ellas, la esperanza del que sufre, el bálsamo de todos los males del cuerpo y del alma, quise, por la costumbre antigua en mí, examinar el exterior del templo, saturarme algo de espíritu religioso y no penetrar en el santuario con la misma indiferencia que si penetrara en un casino ó en un palacio. Necesito despojarme en cierta manera de espíritu mundano y llamar al corazón el más ardiente fuego de la fe, del amor á la santa inspiración de Dios y su pura madre.

Mis compañeros entraron, y aquella soledad en que me dejaron casi se la agradecí. Di la vuelta á la anchurosa plaza bordeada de verdes y pomposas acacias que prestaban grata sombra. Una fuente ocupa el centro de aquélla, y sus claras aguas, en brillante cascada, que ful-

gura cual lluvia de irisadas piedras, caen, convertidas en blanca espuma, en el hondo y nuevo pilón de piedra, que recoge aquel caudal como recoge el corazón en días de angustia la lluvia de consuelo que prestan las lágrimas y la esperanza en fecunda unión.

En un lado de la plaza se levanta el templo, ocupando todo aquél; es de inmensas proporciones, y desde luego noté que carece de fachada principal, que supongo vendrá á caer sobre las casas de la calle del Temple. Así, la entrada es tan sólo por las puertas laterales, sin que brille en ellas el gusto, sino algún tanto de prosaismo del arte. Las cuatro torres que en los ángulos del edificio se habían de levantar están sin concluir y no se elevan más allá del tejado; tan sólo una hay casi terminada, y aquélla es una muestra de que podemos felicitarnos de que las demás se hallen en el estado en que hoy se encuentran. No era el mejor período para el arte cuando se puso la primera página en esta triste obra del ingenio de Francisco Herrera en 1681, y sus desnudos muros no admitieron los enrevesados arcos con que se pretendió adornarlos. Tampoco se admitieron setenta años después las reformas que señaló D. Ventura Rodríguez, que le adornaba con el sencillo y severo estilo romano. No fué aceptada aquélla, y el templo se presenta como un *magnífico* ejemplar del mal gusto y del más prosaico barroquismo.

La cúpula, que se levanta sin gallardía, demuestra la pesantez de los miles de toneladas de material en ella amontonados. El arte barroco, pesado y falto de valor en sus obras, suple el genio, la inspiración y el sentimiento á fuerza de materiales, levantando montañas de ladrillos, cual sin con la pesantez y el amazacotamiento quisiera hallar ó hacer surgir la grandiosidad. Demuéstrase el mal gusto que presidió en toda la obra hasta en la combinación de las tejas de las cúpulas en sus colores amarillo, verde y blanco.

Aquel examen del templo desilusiona y hace suspirar por el antiguo, que tendría algún sentimiento estético

mayor que el mal gusto que presidió en la nueva construcción. Dejemos, pues, al arte y penetremos en el santuario. Vamos á humillarnos á los pies de la santa Reina de los cielos, que tantas veces hemos invocado en nuestros pesares, como el supremo bálsamo en nuestras angustias y dolores.

En el interior se oían los acordes del órgano, y sus gratas y armónicas notas llegaban hasta mí melodiosas por la distancia á través de los muros. Mi corazón latía apresuradamente; podían contarse aquéllos. Cogi la mampara de negra piel; deseaba entrar en el templo y contemplar la sagrada imagen, convertir en realidad el deseo que tantos años anhelaba mi alma realizarlo, y al mismo tiempo temía convertir en pasado un futuro que tanto ilusionaba mi corazón y que con tanta ansia anhelaba. Aquel mismo deseo me empujaba y retenía con misteriosas vacilaciones. En aquel momento un caballero anciano, y cuyo rostro simpático rodeaba blanca barba, salió, y con su mano sostuvo la mampara como invitándome á pasar y empujándome con su dulce mirada al interior de la iglesia. Parecióme ser aquélla una humana representación del tiempo, que se presentaba como para decirme:—Pasa, ya es la hora de que se realice tu deseo; pasa, sonó la hora, y el deseo debe convertirse en realidad; entra, y ante la santa imagen de María ora, cree y espera en su inmenso amor á los pecadores que con fe la aman y la invocan.,

Ante aquella invitación no me detuve; ¡había tal dulce imperio en aquella mirada! Penetré y quedéme parado junto á la pila del agua bendita; la desilusión del exterior de la iglesia fué aún más grande al dirigir la vista por el interior de aquel famoso templo, por la devoción, ya que no pueda ser por el arte. Abandoné éste para dirigirme al altar de la Virgen, que le hallé pronto sin más que ver el gran número de fieles que oraba ante una rica rotonda. Dentro de aquélla veíanse tres altares, y en el de la derecha, entre multitud de luces y el relumbrar chispeante de inmensas alhajas, vi á la pequeña imagen,

la patrona de Aragón, la síntesis de una historia de once siglos de victorias bajo su sagrada invocación, la joya de la fe española, el privilegiado testimonio de la santa Madre de Dios, que eligió por trono á este suelo y por templo el corazón de los aragoneses, como región predilecta de su culto, y de quien ha sido siempre amante en todos sus federados reinos, bajo distintas invocaciones y apariciones milagrosas en Cataluña y Valencia, con las Señoras de Montserrat y de los Desamparados. Ante el Pilar, el artista calla y siente, la crítica enmudece y la fe y el amor dominan al católico.

Continuamente veréis arder velas y lámparas ante la patrona del reino y oiréis el sonido de las monedas que la piedad arroja sobre el mármol del pavimento, y resguardados los altares por una pesada verja de plata, como ofrenda continua de inextinguible fe. Largo rato permanecí contemplando la imagen, apenas visible en medio de aquella abundosa orfebrería que la anula y apenas deja distinguir el rostro del milagroso simulacro. En medio de aquella fastuosa y fría decoración, la fantasía me llevaba á remotas edades, cuando se aposentaba la Reina de los cielos en una modesta capilla de ocho pasos, en el mismo punto en que ahora se levanta su espléndida capilla, y como en rápida visión se presentaban á mi mente las vicisitudes por que atravesó durante siglos la heroica ciudad, desde Augusto hasta la dominación árabe; desde la Reconquista, que nuevamente hizo brillar sobre los minaretes de las mezquitas la cruz de la Redención, y cuando D. Pedro de Librana, su primer Obispo, pide limosna para la reparación del templo de Santa María, *quam beato et anticuo nomine sanctitatis*, hasta la invasión francesa con sus terribles asedios.

Al contemplar la sagrada imagen, recordaba que había tenido la Virgen en el misal mozárabe su misa de la Aparición, como se conserva en el archivo del templo, hasta 1570, en que se adoptó el breviario de Pío V. ¡Qué de trastornos no ha presenciado desde su sagrada columna la Reina y Señora! ¡Qué de invocaciones no ha es-

cuchado en tantos siglos de ser el consuelo de España entera, pues que no hay pueblo de esta noble patria que no invoque su santo nombre, cual égida poderosa en sus quebrantos!

Y mi alma, cerniéndose en dulce éxtasis, no apartaba la mirada del trono en que se muestra la divina Señora. ¿Cuánto tiempo permanecí arrobado en esta mezcla de humana y divina contemplación, recordando la santa protección en empresas de amor patrio y de la fe, glorias todas incubadas y realizadas bajo el empuje de la poderosa palanca de la religión? No lo sé; sí recuerdo que la misa mayor terminó en la catedral, que el órgano apagó los torrentes de armonía que corrían y vagaban, deshaciéndose en los ecos de las bóvedas, confundiendo sus notas en armónico caos que tenía la ternura del canto de los ángeles en una cascada de dulzor y de delicia.

La gente entraba y salía, y mi vista, fija en la santa imágen, me había llevado á un estado en que me creía cerner sobre la mezquina existencia de la tierra. Por fin logré vencer aquel éxtasis. ¡Cuán breves me habían parecido aquellos momentos! Me hallé en la tierra; di vuelta á la capilla, besé el Pilar por el hueco destinado á esta piadosa práctica y salí del templo, sin ver más.

.....

Regresé al hotel sólo, pues mis compañeros, cansados, sin duda, se marcharon; después del almuerzo tomamos café en el del mismo hotel, un patio con semblanza de jardín y con un surtidor de cristalina agua, cuya monotonía convidaba al sueño; á la mitad de la tarde salimos á paseo; mis compañeros se dirigieron al salón del paseo de la Independencia; yo salí al río, vi el famoso puente de piedra, que tiene más de robusto que de hermoso, le atravesé y recorrí parte del arrabal de Altabás, y vine á descansar en las ruinas del convento de San Lázaro, destruído por los franceses. El sol se ponía en aquel momento, y las agudas torres, al ser bañadas por los últimos rayos de aquél, parecían

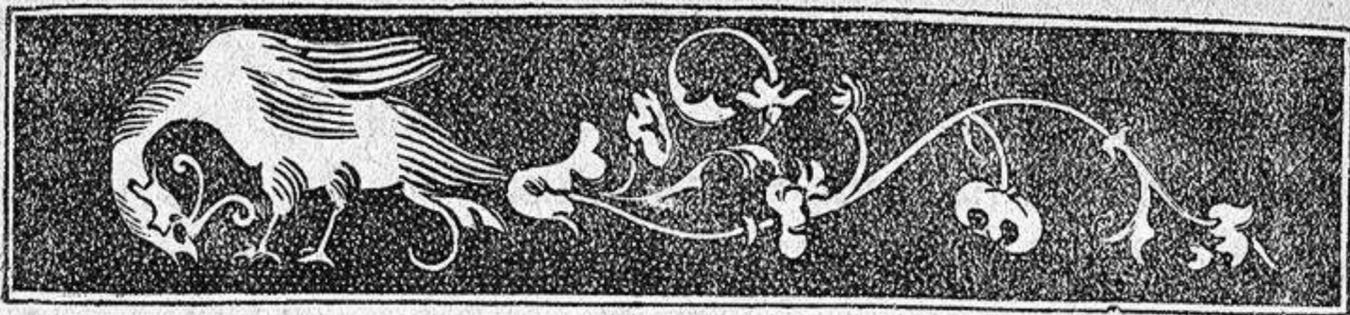
enrojecidas agujas que salían de la fragua. Una atmósfera de dorada luz, que resplandecía más y más con el verde follaje de las arboledas, daba un tono tan caliente, tan lleno de vida, dorando hasta la parda piedra del puente y las enrojecidas aguas del río, que yo no he visto puesta de sol comparable con aquélla más que las inimitables de la encantada ciudad del Darro y del Genil, desde la cuesta de los Mártires ó San Miguel.

Allá á lo lejos, en medio de la transparencia del cielo, se columbraba, como rosada nube, la abrupta mole del Pirineo y del Moncayo, al pie del cual duerme el encantado monasterio de Veruela. Tranquilamente sentado en un negro paredón, veía y oía cruzar mugiendo la turbia corriente del viejo Ebro, con ese sordo rumor que hiere nuestro oído sin decirnos nada, como esas turbas que en festivos días pasan y pasan sin impresionarnos en medio de su monotonía.

La noche llegaba, y el cielo se había cubierto con esa tenue neblina que, como velo de gasa, tiende la noche para envolver la tierra; alguna tímida estrella titilaba su trémula luz; inmediato á mis ruinas, que cada momento aparecían más negras y como hundidas en el agua, oía silbar de trenes en la inmediata estación de la línea de Barcelona; levánteme y, á la luz trémula de mezquinos faroles, atravesé el puente y penetré de nuevo en la ciudad.

Después de comer, hemos paseado por el salón y oído unas músicas alemanas á la orquesta del café de la Iberia, en un pequeño jardín. Una noche de viaje y un día de vagar por la población piden que al cuerpo se le deje descansar.

J. CASAÑ.



GINÉS PÉREZ DE HITA

Conclusión (I)

V

A prevenir al de Baza
mandaron un mensajero,
y poco despues salían
todos juntos á su encuentro.
El palafren de Walala
Don Diego lleva del diestro,
que no quiso tal cuidado
confiar á un escudero:
y era de ver cuán alegre
á la mora iba sirviendo
aquel terrible soldado,
aquel hidalgo soberbio,
que no dobla la cerviz
sino á Dios y al Rey.

Misterios
son estos del corazon
que acatamos y entendemos.

(I) Véase la página 322 de este tomo.

Al llegar Abul Asbag
 trae receloso el aspecto,
 apenas mira á su esposa
 y responde breve y seco
 á las corteses razones
 que le dirige Don Diego.
 Guevara de mal talente
 replica un tanto altanero.
 Cruzan los dos la mirada,
 á un tiempo fruncen el ceño,
 hay un instante solemne
 de pavoroso silencio.

.....
 Pero todo lo conjura
 Walala; su blando ruego
 es como en cielo nublado
 benigno soplo de viento.
 ¡Bendita la mujer sea!
 ¡Bendito su dulce imperio!
 ¡Sin ella, el hombre no es hombre!
 ¡Sin ella, el mundo es un yermo!

Confuso el moro, á Guevara
 dice:—«Capitán, comprendo
 que falté á la cortesía,
 y ¡por Alah! que lo siento.
 Mas si con esta mi excusa
 no te das por satisfecho,
 á abonar mis imprudencias
 siempre está pronto mi acero.»
 —«¡No más!—exclama Guevara:
 ¡id con Dios, y pues sois dueño
 de tan discreta hermosura,
 que os colme de dicha el cielo!»

Al despedirse Ibn-Aamir,
 quitando el dorado freno

del palafrén de su hija,
 lo da á Guevara en recuerdo.
 Walala, de su tocado
 rico almaizar desprendiendo,
 se le da también, y al noble
 Morata, que fué el primero (1)
 que habló en su favor, la joya
 que lleva prendida al pecho.
 A los demás Ibn-Aamir
 y Abul-Asbag, compitiendo
 en gusto y esplendidez,
 armas y joyeles dieron.

En la iglesia de las Huertas
 se ha visto por largo tiempo
 el freno de azul y oro
 que el insigne caballero
 á la Virgen, su patrona,
 ofreció como trofeo.
 Y porque nunca se pierda
 la memoria de estos hechos,
 los mandó Lorca pintar
 en dos magníficos lienzos,
 que se conservan boy día
 en su Lonja (2) y en su templo.

VI

Despues del suceso insigne,
 ¡cuán trocado está Guevara!
 ¡Á todo trato se roba;
 es áspero con las damas,

-
- (1) Este Morata se llamaba D. Tomás, y era hermano de D. Martín.
 (2) Hoy está convertida en Palacio de Justicia, y no hay nada de eso.

van sus ojos apagándose,
 va encaneciendo su barba!
 Huyendo todo regalo,
 sus arreos son las armas,
 su descanso el pelear,
 el duro suelo su cama.

Al gran Marqués de los Vélez
 sigue en todas sus campañas.
 Y siempre su escudo blanco,
 partido de negra banda,
 en los más recio y trabado
 se encuentra de las batallas.
 Cuando no hay guerras en Lorca,
 se va á otra parte á buscarlas:
 pero se observa que evita
 las empresas contra Baza.
 Y cuando murió lidiando
 en aquella noche infausta
 en que entró á Benamaurel
 Aben-Ozmin de Granada (1)
 le encontraron sobre el pecho,
 bajo la cota de malla,
 todo bañado en su sangre,
 el almaizar de Walala.

En ningún autor de los que tenemos á la vista se dice que el alcaide de Baza se llamase *Abul Asbag-Ben Mogira*, ni su bella prometida *Walala*, ni el poeta tañedor de guitarra y compositor de *kasidas* y *gacelas*, fuese *Ibn-Handis*, ni el alcaide de Serón *Ibn-Aamir*, y sin embargo no nos es permitido dudar

(1) «Así (Aben Osmin) rompió las líneas de la Frontera, pasó á cuchillo á la guarnicion de Benamaurel y á sus moradores y cautivó al Alcaide Alonso de Herrera.»—Véase Lafuente Alcántara, tomo III, pág. 269.—Suárez. *Historia del Obispado de Guadix y Baza*, libro III, pág. 371.—Garibay, libro IV, capítulo 23, y Mariana, libro XXII, cap. 4.^o—Esta nota no es del Sr. Gisbert, sino nuestra.

que fuesen esos los personajes, dada la sinceridad del difunto D. Lope, quien nos aseguró en vida, la última vez que le hablamos en Murcia, no ser de su invención, usando del «*pictoribus atque poetis.....*» del preceptista del Lacio, sino entresacados y fielmente copiados de documentos arábigos y aljamiados, reunidos para ilustrar la historia particular de Lorca, y muy especialmente este episodio de la novia de Serón, que tan agradablemente cautiva por lo hazañero, gentil y galano.

Su recuerdo será eterno en Lorca, donde aun existe el cuadro que le representa en la sala de sesiones del Capítulo municipal; así como también pregona hoy su fama una pintura, nada bien hecha, sobre el crucero de la Capilla Mayor del templo de Nuestra Señora de los Huertas, explicada por estos versos un tiempo no muy remoto aún legibles:

«Quarenta cavalleros en tal pressa
Mostraron su valor y noblessa.»

Hablando el Padre Morote de los delicados recuerdos regalados por la cautiva y librada mora á Guevara y á Martín Morata, dice: «Conservase (1) hasta hoy la dicha joya, y precioso freno, con cuatro borlas de finísima seda azul, con sus cordones notablemente curiosos, y tan finos hasta hoy sus colores, que dudo puedan salir semejantes, en estos tiempos, de el tinte. Guardanles los caballeros Mathas Rendones.»

En el año de 1860, en una reunión de amigos tenida en Lorca, hablaba un ex-diputado á Cortes y abogado distinguido de Huércal-Overa (2) sobre el suceso de Serón y hazaña de los cuarenta, á la sazón que uno de los allí reunidos, don Ambrosio Fajardo, manifestó que conservaba en una incorruptible arca alcanforada la histórica cabezada del palafren de la mora; y que la guardaba con muy especial cuidado y gran esmero por ser poseedor de un vínculo en cuya fundación había una cláusula en la que *se obligaba á guardar siempre aquella cabezada; y presentarla en toda ocasión en que el inme-*

(1) El P. Morote escribía por el año de 1741.

(2) D. Ginés Mena y Marqués.

diato sucesor lo pidiere, y si no lo hacía se transmitiría la vinculación á éste.

Con tal motivo, los reunidos pudieron contemplarla, y uno de ellos, que aún vive, me facilitó hace tiempo esta reseña: «Era el correaje, no muy bien tratado, de cuero cordobés, con hebillas doradas y esmaltes azules, colocadas vertical y no horizontalmente; colgaba del ahogador una gran borla de seda, de un finísimo color azul turquí, perfectamente conservado.»

Supimos después que por muerte de D. Ambrosio Fajardo pasó esta vinculación á su hija D.^a Luisa Fajardo y Cañabate, que casó con D. Eduardo Parra Osorio, y por muerte de éstos tal vez la posea actualmente alguno de sus hijos.

En cuanto á la *gran joya* que la mora llevaba prendida al seno, y que diera al caballero Morata, han sido nulas y baldías nuestras pesquisas con el fin de averiguar su paradero.

No quedó premiada solamente la galantería del capitán D. Diego y sus hidalgos lorquinos con la desde entonces histórica cabezada del palafrén de la hija del alcaide de Serón y la preciada joya desprendida del sensible seno, sino que también al ingenio, al valor y á la resolución desplegados por los *cuarenta* en tan arriesgada empresa fué debido que el rey D. Juan el segundo concediera á Lorca, entre otros reales privilegios, los que dice Morote en sus tan repetidos *Blasones* de esta famosísima ciudad:

«Dieron cuenta al Rey don Juan Segundo de este famoso hecho de valor, y honra, para los de Lorca, suplicandole, que en vista de las muchas, y ilustres hazañas hechas en servicio de su Magestad, y de sus gloriosos antecesores, por las Armas de Lorca, se sirviese concederles privilegio para salir á jornadas en tiempo de Guerra, dandoles un Pendon Real, para que baxo las Reales Armas de Castilla, saliessen á las campañas, con independencia de los Capitanes de Frontera, y de llevar á todas las armas del Reyno de Murcia la Vanguardia, siempre que en tierra de enemigos hiciesen entrada, y de bolver en la Retaguardia en la salida; Privilegio, que hasta oy (1) gozan

(1) 1741.

las compañías de Lorca, saliendo con las demás del Reyno de Murcia á las campañas. Dióle asimismo este famoso Rey á Lorca el titulo de Ciudad, que por algunos años no tuvo, por estar reducido desde su conquista á ser de Presidio, Fortaleza ó Castro, como queda dicho; y es titulo mas honroso, que le dió el Rey don Alonso el Sabio su conquistador: *Castrum super Astra locatum*. Dicho Privilegio dió este Rey en Valladolid en cinco de Marzo de 1442.

Estudiando la forma poética del canto de Pérez de Hita, el cuarto verso de la octava ocho:

«Salieron de Seron muy de contado»

debió ser sin duda:

«Salieron de Seron muy de repente,»

para que rime con *prestamente* del segundo y con *valiente* del sexto.

El quinto verso de la diez y ocho dice:

«Sonaba aquel rumor por cualquier parte,»

y debe ser indudablemente:

«Sonaba aquel rumor por cualquier sierra,»

porque es como rima con *guerra* del primero y *tierra* del tercero.

El verso séptimo de la veinte:

«Muy cerca de allí, pues, los cristianos»

podría pasar aunque le falte una sílaba, y tal vez lo escribiera así el poeta completándolo con separar las sílabas *de allí*, haciendo tres de estas dos, lo cual era muy frecuente en aquella época, como ya hemos significado repetidas veces; mas por si ha sido error del copista, no queremos dejar de indicar que es muy posible también que el poeta escribiera *cercana* en vez de *cerca*, con lo que resultaba el verso completo.

El primero de la veintidós:

«Pues mi ventura no quiso contrayarme»

lo encontramos mucho mejor en el MS. que copió Morote: (1)

(1) *Blasones de Lorca*, P. II, lib. III, cap. XIII, pág. 352.

«Pues mi ventura quiso contrahallarme.»

A la octava veintiséis le falta el primer verso, pues empieza:

«En dar una ciudad á un mendingante,»

y tal omisión es positivamente error del copista, puesto que encontramos en el P. de Morote:

«No hizo Alejandro tal franqueza
en dar una ciudad á un mendigante.»

El octavo verso de la veintinueve:

«Y olgaronse todos bien de la empresa,»

sin duda el copista cambió las palabras, porque así no resulta verso endecasílabo, y sí con las mismas colocándolas en su verdadero lugar:

«Y olgaronse bien todos de la empresa.»

CANTO QUINCENO

DE LA BATALLA DE SERON QUE TUBIERON CUARENTA HIDALGOS DE
LORCA CON LOS MOROS DE BAZA.

Agora pues, Caliope, os ruego y pido
que me deis un focal divino aliento
y un concurso muy grande esclarecido
como lo exige y pide el alto intento
de un hecho valeroso y muy subido
de gran valor estima y ardimento
que Lorca hizo, pueblo valeroso,
por dó gano un pendon maravilloso.
Viendose Lorca estar siempre sujeta
á todo Capitan que hera frontero
andaba con pesar y muy inquieta
en no poder mostrar su esfuerzo fiero
como en sus hobras hera muy perfecta
de un valor singular y muy sincero
juntamente cuarenta de secreto
para de por si formar un decreto.

- (1) Amigos y parientes eran todos
en casos de la guerra señalados
conciertan de ir á entrar por ciertos modos
con ánimos valientes denodados
muestran en el valor ser mas que godos
y ansi salieron bien juramentados
de entrar muy mas adentro que han entrado
los fronteros que en Lorca habian estado.
- (2) Y, ansi salieron todos noche oscura
sin dar al Capitan ninguna parte
en Dios van confiados y ventura
sin pendon se salieron ni estandarte
tan solo su valor allí asegura
entrar en la batalla y crudo Marte
antes pues que saliese el sol rayando
trece leguas habian caminado.
- (3) De Baza á cinco leguas son llegados
aquestos caballeros valerosos
y al rio de Almanzora son entrados
por pasos muy secretos peligrosos
allí junto á Seron son emboscados
donde hay unos pinos muy viciosos
miran por el camino si viniesen
Moros para que al punto les saliesen.
Seis dias estuvieron aguardando
tan solo por hacer muy buena presa
salia uno de ellos cuando en cuando
á ver si de ganados hay represa
estando en estas cosas maginando
unos Moros venir ver á gran priesa
estos solo son doce según cuenta
que á una novia llevaban su parienta.
- (4) De Seron estos doce habian salido
camino van de Baza muy derechos
mas hales el reves acaecido
de aquello que pensaban en su pecho
por que los emboscados han salido
y les acometieron muy de hecho
prendieron á los once prestamente
cautivando á la Mora juntamente.
- (5) Un Moro de los once se fué huyendo

- camino de Seron muy prestamente
doscientos de á Caballo muy corriendo
salieron de Seron muy de contado.
Los de Lorca se estaban atendiendo
mostrando cada cual ser muy valiente
Mas Diego Lope luego ha preguntado
de dó es aquella gente que ha asomado.
- (6) Un Moro respondió de los cautivos
un Capitan de Baza allí parece
que quema á los Cristianos casi vivos
y de ellos hace cuanto le parece:
gustareis de sus golpes tan esquivos
que cada cual de vos bien lo merece
pues habeis á la novia cautivado
y á todo su linage deshonorado.
- (7) Luego pues los de Lorca en un momento
aquellos once Moros degollaron
y á los otros les saten al encuentro
que muy cerquita de ellos allegaron
dos Moros se adelantan de ardimiento
¿de donde sois, Cristianos, preguntaron?
Respondeles Morata prestamente
de Lorca somos todos juntamente.
- (8) Mas (si de ello gustaren) luego entremos
en la cruda batalla y peligrosa,
en donde nuestras fuerzas probaremos
con gente que es en guerra valerosa
y nuestro gran valor os mostraremos
que sabemoslo hacer en cualquier cosa
y aunque los que venis sois tres doblados
no os tienen los de Lorca en tres cernados
- (9) Enojado el morisco muy furioso
revuelve su caballo prestamente
y puesto en los estrivos valeroso
la lanza le tiró muy crudamente
Morata que lo vió fué muy mañoso
del golpe se guardó ligeramente
su lanza por un lado á terceado
y al Moro atravesó por un costado.
- (10) Cayó del golpe el Moro muerto en tierra
dando muy doloroso y gran gemido

travose en un momento allí la guerra
 y todos los de Lorca han acudido.
 Andrés Navarro al punto luego cierra
 Diego Lopez ya habia arremetido
 los cuarenta guerreros Lorcitanos
 se meten en los Moros como alanos.

- (11) Mataron mas de veinte en el encuentro
 rodaba por el suelo la ruina
 espantanse de ver tal ardimiento
 aquella mala gente sarracina
 mostraban los Cristianos grande aliento
 qualquier de los cuarenta determina
 en el asalto ser aventajado
 y mostrarse en el lance señalado.
 No hubo tempestad tan repentina
 ni truenos tan terribles y espantosos
 ni lluvia que cayese tan aina
 de piedra en los sotos muy frondosos
 no causó su furor tanta ruina
 como aquestos cuarenta tan famosos
 en aquella tan bruta y vil canalla
 al tiempo que rompieron la batalla.
 Por medio travesaron la otra parte
 del escuadron morisco tan malvado
 por tierra derribado su estandarte
 que de labores era muypreciado
 aprietan con los Moros con tal arte
 que ya el morisco bando está espantado
 mas viendo que son pocos dan en ellos
 pensando de matallos ó prendellos.
 Encuentros huvo allí maravillosos
 dados en el poder de fuertes brazos
 y los cuarenta bravos y furiosos
 tanto que ya no hayan envarazos.
 Los Moros aunque muchos temerosos
 estan de verse asi hechos pedazos
 mas con pura verguenza obran la malla
 y andan muy revueltos en batalla.
- (12) Mas los de Lorca diestros en la guerra
 juntos iban entrando y van saliendo
 muchos Moros estaban por la tierra

de golpes muy crueles pereciendo
sonaba aquel rumor por cualquier parte
socorro de Seron viene corriendo
forzoso á los de Lorca es retirarse
y á un punto todos juntos apartarse.
Yendose retirando hacia una banda
Morata se encontró con el Caudillo
herido lo arrojó en tal demanda
de encima del Caballo que es tordillo
Diego López Guevara se desmanda
confia en su caballo que és rosillo
y al Moro que traia el estandarte
muerto lo derrivó á la otra parte.

- (13) Todos juntos escapan á un otero
que no faltó ninguno en él á afrenta
quedose el Moro bando en el sendero
y á los Cristianos nadie los frecuenta
el Moro bando piensa muy de vero
que alguna gran celada se aposenta
muy cerca de allí, pues los Cristianos
tan pocos arremeten como alanos.
- (14) Con este gran temor nadie se osaba
á los pocos de Lorca el acercarse
cualquier Moro mas bien alli se holgaba
y no quiere pasar á aventurarse
viendo aquesto la novia alli lloraba
no pudiendo consigo consolarsse
y dijo Caballeros generosos,
mirad que soy muger; sedme pieadosos:
Pues mi ventura quiso contrayarme
para que yo viniese á vuestras manos
suplico, Caballeros, que dejarme
querráis no me llevéis entre Cristianos
muy poco ganaréis de mi en llevarme
mostraos en lo que os pido cortesanos
la mucha honra vasta que ganado
habeis en este hecho señalado.
- (15) Tomas Morata dijo prestamente
volvamos esta Mora Caballeros
pues no és de gran valor este presente
mostremos el valor de ser guerreros

- y lleva su esposo justamente
 nosotros no venimos por dineros
 sinó por ganar honrra eternamente.
 mostremos cortesia aquí al presente.
- (16) Y los de Lorca visto ser muy bueno
 lo que Morata dice y provechoso
 asieron á la mula por el freno
 á do la novia va muy de reposo
 luego al morisco bando sarraceno
 el dón le presentaron tan famoso
 Quedo el bando morisco allí espantado
 de un hecho de virtud tan señalado.
- (17) Si los de Lorca dicen son furiosos
 y en caso de la guerra señalados
 no menos son por cierto virtuosos
 y en casos de virtudes muy preciados
 bien se muestra en tal acto ser famosos
 varones en cualquier cosa esforzados
 Grande honrra han ganado en este dia
 mostrando su valor y vizarria.
 En dar una Ciudad á un mendingante
 porque al fin hera Rey de grande alteza,
 y puso su valor siempre delante
 y si Alejandro hizo esta largueza
 lo hizo como Rey que era pujante
 y si Escipcion la esposa dio al esposo
 lo hizo por no ser allí vicioso.
 Por esto no hicieron la franqueza
 por ser de muchos vienes avastados
 sino por gran virtud y fortaleza
 de que siempre se muestran ser preciados
 pues no husemos ahora de vileza
 dejemoslos estar muy sosegados
 y si algun daño este nos han hecho
 muy bien nos lo han pagado y satisfecho.
 Esto dicen los Moros así hablando
 de los Cristianos luego se despiden
 y en sus famosos hechos contemplando
 todos se van á Baza dó residen
 alla de estos de Lorca platicando
 estan de los negocios que les piden

aquellos Moros todos espantados
de los hechos de Lorca señalados.

- (18) Los de Lorca muy luego se volvieron
con honrra de aquel hecho bien ganada
y al rio de Almanzora lo corrieron
de dó sacaron muy gran cabalgada;
con la presa en su patria aparecieron
que aun no savia Lorca de ellos nada
hasta verlos entrar con la gran presa
y holgaronse todos bien de la empresa.
- (19) Escribieron al Rey luego del hecho
de merced le suplican dé un pendon
el Rey se lo otorgó por aquel hecho
visto que lo pedían con razon
De allí adelante Lorca muy de hecho
aumenta con sus hechos el blason
hicieron un pendon rico ypreciado
con las armas del Rey por cada lado.
Ya en Lorca no hay fronteros, ya es librada
por si solos ya obran maravillas
en todo el Reyno entero de Granada
No la tienen á Lorca entres evillas
desde allí fué Lorca mas preciada
no sufre ya de nadie las cosquillas
Al Reyno de Granada dió quebranto
como lo vais á ver en este canto.

Ilustraciones de este canto quinceno.

- (1) Pleyto homenaje de los hidalgos de Lorca.
(2) Diego Lopez de Guevara llevo el gobierno de todos.
(3) Emboscada.
(4) Seron pueblo de moros preso.
(5) Socorro de los moros de Seron.
(6) Respuesta.
(7) Muerte de los once moros cautivos.
(8) Valor de Lorca.
(9) Morata.
(10) Batalla.
(11) Comparacion.
(12) Socorro.

- (13) Retíranse los cristianos. Pavor de los moros.
- (14) Ruego de la mora.
- (15) Razonamiento y parecer de Morata.
- (16) Grandeza y humanidad de la gente de Lorca.
- (17) Está pintada esta batalla en el tablero que esta noble ciudad tiene en su consistorio.
- (18) Virtud de Lorca.
- (19) Merced otorgada por el Rey.

NICOLÁS ACERO Y ABAD.





REVISTA EXTRANJERA

UISTO el mundo desde los alrededores del Trocadero, confundiéndose el espectador entre doscientos mil bulliciosos forasteros atraídos por la fama de una Exposición que realmente encierra los portentos y las maravillas del siglo XIX, se llega á creer que todas las gentes de los cuatro puntos cardinales del globo unen al fin sus regocijadas voces á los ecos de las músicas militares que en el Campo de Marte y en la Explanada de los Inválidos celebran ahora las brillantes fiestas de la paz. Pero las alturas de la torre Eiffel permiten escuchar otros rumores menos gratos, y pronto las más halagüeñas ilusiones desaparecen. Se oyen también increpaciones feroces y amenazas sordas; se afilan armas; el encono prepara luchas y duelos, y hasta el continuado chirrido de los ascensores entre las mallas de hierro, llega á veces á confundirse con el fragor de un trueno lejano y repercutido, ó con el trotar de la artillería y sus rudos furgones.

La actual situación de Europa no es para inspirar mucha tranquilidad y confianza. Reina la calma precursora de borrascas; aparece cierta tranquilidad en la superficie de las relaciones internacionales, pero hay mar de fondo, y no debe extrañarnos que el mejor día se amontonen las nubes y fulgure el rayo en los espacios. Para algo se miran de reojo, mejoran

sus armamentos y aumentan sus fuerzas de mar y tierra todas las grandes potencias, desde la Sultana del Bósforo, que teme los helados vientos del Neva, hasta la caprichosa ondina que se baña en las olas del Adriático y del Tirreno, despreciando á los amantes cuyas caricias la embelesaron otro día. Á los abrazos de Alemania, Austria é Italia responden las manifestaciones de simpatía que se prodigan Rusia y Francia, en tanto que la astuta Albión, reina de las aguas, extiende su mirada avizora, calla y calcula en silencio cuál será su mejor y más rica presa.

La situación de Europa parece la de una bomba cargada, que espera para estallar con estruendo inaudito la chispa comunicada por una mano imprudente ó atrevida.



Sólo las dificultades internas, sólo los problemas múltiples y particulares de cada nación detienen la guerra europea. Las preocupaciones de Rusia son el nihilismo todavía; Alemania lucha por calmar su cuestión social y por afirmar su unidad improvisada; Italia y sus sectas se desconciertan ante la democracia intransigente é insaciable; Austria pugna por remediar errores históricos y realizar aspiraciones tradicionales, mientras Francia sólo se contiene ante el desquiciamiento de su política, la anarquía mansa que todo lo perturba, los mil conflictos de cada hora y hasta el espectro aterrador de una guerra civil, que sería inevitable si continuase con su cúmulo de arbitrariedades la dictadura oportunista que hoy impera.

Y, sin embargo, parece seguro que de Francia ha de partir el primer cañonazo que ponga término al actual y costosísimo estado de paz armada. El despecho de un pueblo herido en su amor propio, las humillaciones inolvidables de una terrible serie de derrotas, los sacrificios pecuniarios hechos por indemnizaciones de guerra y la pérdida de provincias preciadas, son motivos bastantes para que de día en día se avive la llama patriótica y cundan los inquietos deseos de una *revanche* para la cual son muchos los franceses que

se creen ya preparados. La hora del anhelado desquite habría ya sonado, es evidente, sin las tribulaciones interiores que por el momento absorben la atención pública y contienen las masas populares, que suspiran por la realización próxima de sus más queridas esperanzas.

La aspiración de Rusia y de Alemania á la hegemonia de Europa puede ser un hecho; pero Rusia y Alemania viven en la expectativa de lo que á orillas del Sena ocurra, y es seguro que de París partirá la primera señal del feroz combate, si el día del combate llega. Gran parte de los conflictos franceses del actual momento histórico no significan probablemente otra cosa que la lucha intestina entre los que acaso pudiéramos llamar prudentes y aquellos otros que la impaciencia devora.

El día que en Francia triunfe en definitiva una ú otra política, podrá seguramente escudriñarse con más probabilidades de acierto los oscuros arcanos que hoy anublan ese porvenir, capaz de ofrecernos modificaciones grandes en el mapa de Europa.

De ahí que las elecciones generales que este mes se verificarán en la vecina República tengan ahora un interés que jamás tuvieron.

* * *

Todos los partidos hacen esfuerzos titánicos en víspera de la lucha electoral, de la que, sin duda alguna, penden los destinos de Francia.

Los programas se suceden y las invectivas y los apasionamientos crecen y llegan ya á un grado inconcebible. El Conde de París, con su elevada significación, no podía permanecer callado ante las gravísimas circunstancias, y por primera vez se ha dirigido también directamente á los franceses. Hé aquí su manifiesto, escrupulosamente traducido:

«Franceses: Ha llegado el momento de trabar una lucha decisiva para arrancar el poder á la facción que os oprime, á la facción que ha comprometido la fortuna pública y violado vuestras libertades más queridas. Haya ahora uniformidad de conducta y desaparezcan todas las divisiones.

»Conservadores, permaneced unidos; y vosotros, principalmente los partidarios de la Monarquía, agrupados alrededor mío, por la causa que represento, dad ejemplo de concordia y de patriotismo. En los distritos donde tengáis candidatos, sostenedlos con energía, y donde no los tengáis, inspiraos en las necesidades de la lucha y no tratéis como á enemigos á los que combaten á los mismos adversarios que vosotros.

«Vuestros nuevos mandatarios tendrán que cumplir una gran tarea; tienen que devolver al país el derecho de disponer de sí mismo, después de haber remediado con actos reparadores los males que ante todo urge atajar. En 1884, el partido republicano, con menosprecio de sus principios y compromisos, borró de las leyes constitucionales la disposición que respetaba el porvenir, pretendiendo aherrojar á Francia en la república y cerrarle toda vía legal para salir de ella; pero una nueva revisión pondrá término á tal servidumbre, otorgará otra vez la palabra á la Nación, y preparará así el advenimiento de un régimen que restablezca la paz religiosa, dé estabilidad á nuestras instituciones y devuelva á nuestra sociedad democrática la calma en el ejercicio de la libertad. Y cuando llegue la hora, os acordaréis de lo que la Monarquía ha sido en el tiempo pasado y de lo que os he dicho que sería en el porvenir.

»Católicos, cristianos, no podéis vacilar. ¿Qué gobierno os daría más garantías para la educación de vuestros hijos y el respeto de vuestras conciencias? ¿Qué gobierno sabría honrar mejor la religión, sin comprometerla, y asegurar á sus ministros la independencia que necesitan para el cumplimiento de sus deberes?—Imperialistas, no os pediré que reneguéis de vuestros recuerdos; pero ¿podríais negar vuestro apoyo á la Monarquía, escudada con el asentimiento nacional, el día en que quede demostrado que es la única salvación?—Vosotros, que de buena fe tratasteis de fundar una república honrada, una república conservadora, no habéis de seguir defendiendo indefinidamente y contra la experiencia una forma de gobierno ya condenada por sus resultados.—Vosotros todos, finalmente, vosotros que queréis el enaltecimiento de Francia en el interior y en el extranjero,

en vano os empeñaríais á pedirlo á gobiernos de un día. Sola la Monarquía os lo dará.

«Tal será la obra de mañana. La de hoy, vais á cumplirla. Votad sin temor á las amenazas de un poder que no ha de durar ya bastante para ejecutarlas. Tened confianza: Dios pone en vuestras manos los destinos de la patria.»

Tal es el mesurado y aplaudido lenguaje del Conde de París, que tan oportunamente levanta la bandera de la unión, única capaz de conducir al triunfo á las huestes honradas en esa decisiva lucha contra los errores y desmanes del oportunismo.

La unión es, en efecto, la fuerza, sobre todo cuando se trata de combatir una situación atrevida cual ninguna, dispuesta á acudir á todos los recursos imaginables para continuar disfrutando las ventajas de un poder que por momentos parece derrumbarse y cuyos procedimientos políticos y amaños electorales la mayoría de la nación condena.

Lo que pide ante todo esa mayoría es la revisión de las leyes constitucionales, y esa revisión es ya inevitable, gracias á las inauditas violencias del Gobierno mismo que la rechaza. El cambio de sistema electoral, la amañada condenación de Boulanger, las sañudas persecuciones de última hora, la guerra tenaz á candidaturas de gran prestigio y todos los míseros recursos á que se acude para coartar la libre emisión del voto, solamente sirven para poner más y más de manifiesto las desconfianzas, las debilidades y apuros de los Ministros que, apoyándose con evidente hipocresía en la soberanía nacional, temen el próximo fallo del sufragio. ¡Cuánto más nobles, ejemplares y hasta eficaces hubieran sido los procedimientos respecto á las leyes y á los principios que como salvadores se proclaman!

*
*
*

Una noticia de muy seria importancia circula á última hora entre los telegramas de las agencias. Se habla de los propósitos que abriga el Emperador de Marruecos de movilizar todo el ejército del Imperio, y se añade con insistencia

que existe la probabilidad de una próxima guerra con España.

Es cierto que los rumores proceden de Francia y pueden achacarse al despecho que esta nación pueda haber sentido al enterarse de la amistosa y solemne recepción dispensada por Muley Hassan al representante de Italia; pero, á pesar de todo, bueno sería que nuestro Ministro de Estado no se durmiese en sus laureles ni olvidase, con su ausencia y en medio de las delicias veraniegas, que existen de antiguo intereses y aspiraciones internacionales que luchan y trabajan sin descanso en la costa africana para obtener influjos y preeminencias que sólo á nosotros son debidas. Ya es un mal que por Europa circulen tales alarmas, efecto del desprestigio con que se nos juzga de ordinario.

Tocante á nuestros asuntos interiores, y juzgando la desdichada política fusionista, no hay en España republicano sincero que no diga y crea que las sublevaciones serían ahora una monstruosidad inútil, puesto que el Gobierno es el que mejor y de una manera más segura prepara la evolución que ha de dar infaliblemente el triunfo á la forma republicana. Sólo faltaría ahora que, en lo que atañe á nuestros asuntos internacionales, fuese también la gestión de los Gabinetes del Sr. Sagasta tan funesta como en el interior resulta.

Á todo podemos estar preparados.

S.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO (1)

Traité d'Optique, por M. E. MASCART, miembro del Instituto, profesor del Colegio de Francia.—París, Gauthier-Villars é hijos, 1889. Tomo primero.—En 4.º, VIII-638 páginas con 199 figuras intercaladas en el texto y dos láminas. Precio: 20 pesetas.

Ajústase esta obra del eminente académico francés señor Mascart al programa de las explicaciones que da en el Colegio de Francia, y, de acuerdo con la historia de la ciencia, se funda en consideraciones puramente físicas, lo que facilita mucho su lectura. Adopta en su concienzudo trabajo la mayor parte de las ideas de Fresnel, cuyas Memorias enseñan todavía bastante al físico, siendo lo más fructuoso atenerse á ellas sin descuidar los progresos de la teoría hasta la época actual.

De esta obra, que constará de dos abultados tomos, acaba de publicarse el primero, y es muy útil para los alumnos de las Facultades de Ciencias y de las Escuelas especiales. También encierra interés para los físicos y los profesores, por la manera de exponer del autor, el agrupamiento de los fenómenos, la discusión de las experiencias y el examen que hace, contra lo acostumbrado, de ciertas cuestiones especiales.

En los nueve capítulos que componen el primer tomo estudia el autor sucesivamente, después de oportunas indica-

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

ciones preliminares, los sistemas ópticos, las interferencias, las propiedades de las vibraciones, la difracción, las interferencias por las láminas isotropas, las aplicaciones de las interferencias, la polarización y la doble refracción. Al extraordinario mérito del libro del Sr. Mascart se unen las excelentes condiciones de la estampación, que honra á los acreditadísimos Sres. Gauthier-Villars é hijos. Los grabados y las láminas son no menos dignos de entusiastas elogios.

*
* *

Voces nuevas en la lengua castellana.—*Glosario de voces, frases y acepciones usuales y que no constan en el Diccionario de la Academia, edición duodécima. Admisión de extranjerías. Rehabilitación de anticuadas. Rectificaciones. Acentuación prosódica. Venezolanismos, por BALDOMERO RIVODÓ.*—París, librería española de Garnier, hermanos, 1889.—En 4.^o, XII 294 páginas.

Con sólo leer el título de esta obra se comprende la vasta extensión de las cuestiones que trata en ella su autor, y se adivinan las muchas dificultades con que habrá tropezado para salir airoso de su arduo empeño. Mas, á decir verdad, el Sr. Rivodó conoce á fondo el idioma castellano, atesora sana erudición y disfruta de un talento claro y juicio imparcial. Así es que su producción no es, como álguien quizás hubiera sospechado, una violenta diatriba contra el notable Diccionario de la Academia Española, ni menos aún contra esta doctísima corporación.

Claro está que pueden ponerse reparos á la concienzuda obra del Sr. Rivodó; que cabe tachar al autor de que admite con sobrada facilidad palabras que no hacen falta ninguna. Pero ¿cómo negar que presta un verdadero servicio al idioma castellano con su estudio, y que buena porción de las observaciones que expone son fundadísimas? Para bien de nuestra literatura, importa que se imite el proceder del eximio escritor venezolano; que cuantos puedan hacerlo contribuyan al perfeccionamiento del habla, sin ataques violentos é injustos á los que más interés tienen en atender toda indicación razonada.

Imposible en breve espacio hacer un juicio crítico de obra tan importante, y fáltanos además aptitudes para ello. Nos concretamos, por consiguiente, á recomendar su lectura á las personas estudiosas, seguros de que han de agradecer-noslo, y á enviar afectuosa norabuena al ilustre escritor don Baldomero Rivodó.

*
* *

Elementos de Filosofía moral, por D. MARIANO AMADOR Y ANDREU.—*Madrid*, 1889.—*En 8.º*, 247 páginas.

Es el autor de esta profunda producción uno de los colaboradores que más honran con sus escritos á la REVISTA CONTEMPORÁNEA; trata en su hermoso trabajo de cuestiones sumamente abstrusas, que no están al alcancce de quien, como el encargado de esta sección bibliográfica, no conoce las escuelas filosóficas. De manera que ni aquella circunstancia nos permite elogiar con todo desembarazo al doctísimo Catedrático del Instituto de Vitoria, porque alguien creería nuestros justos aplausos hijos de la amistad, ni poseemos autoridad bastante para juzgar un libro que acredita de pensador insigne al que ha tenido la fortuna de componerlo. No vaya, pues, á imaginarse que la extensión de esta pobre nota es proporcionada al mérito de los *Elementos de Filosofía moral* del Sr. Amador. Expuestas las precedentes indicaciones, nos dispensará el esclarecido Catedrático que nos concretemos á decir que estudia magistralmente en su obra las manifestaciones de la actividad, la ley, la conciencia y la libertad moral, los deberes del hombre para con Dios y para consigo mismo, los deberes del hombre hacia sus semejantes y las sociedades natural, paterna y política. El Sr. Amador, como acontece cuando se domina de veras una materia, expone con claridad que cautiva y estilo que deleita. Siente hondo, piensa como filósofo y escribe admirablemente.

* * *

Elementos de Lógica, por D. MARIANO AMADOR Y ANDREU, *Catedrático numerario de Psicología, Lógica y Filosofía moral en el Instituto de Vitoria*.—*Madrid*, 1889.—*En 8.º*, 230 páginas.

También está escrita esta obra por el laborioso Catedrático de quien acabamos de hablar, y aparece dedicada á nuestro querido amigo el elocuente orador Excmo. Sr. Don José de Cárdenas, Vicepresidente del Congreso de los Diputados. Se funda en el programa que para esta parte de la Filosofía rige en los Liceos de Francia, pero no sin haberlo reformado acertadamente el autor, añadiendo unas veces, suprimiendo otras y alterando el fondo y la forma, subordinándolo todo al concepto propio. El autor desarrolla su pensamiento en una serie de lecciones, poniendo al principio de cada una de ellas un sumario para facilitar su estudio, sumario que además constituye el programa de la asignatura

y sirve á los alumnos de preparación durante el curso y para los exámenes.

Del valor de esta obra nada hemos de decir. El nombre del autor nos exime de alabanzas, que holgarían seguramente.



Leçons synthétiques de Mécanique générale, que sirven de introducción al curso de Mecánica física de la Facultad de Ciencias de Paris, por M. J. BOUSSINESQ, miembro del Instituto.—Paris, Gauthiers-Villars é hijos, 1889.—En 4.º, 132 páginas.

Los Sres. Legay y Vigueron, alumnos de la mencionada Facultad, han tenido el buen acuerdo de publicar las once notabilísimas lecciones del ilustre catedrático Sr. Boussinesq que forman este precioso volumen. Hé aquí los puntos de que tratan:

Objeto de la Mecánica física. Nociones cinemáticas indispensables.—Los dos principios fundamentales de la Mecánica.—Forma de las ecuaciones del movimiento; lo que se entiende en mecánica por fuerza, fuerzas motrices, acciones mutuas, etc. Gravedad.—Energía potencial interna. Acción molecular.—Principios de la conservación de las cantidades de movimiento para un sistema material independiente ó sin relaciones exteriores.—Principios de las cantidades de movimiento y de los momentos para un sistema parcial; su aplicación á la formación de las ecuaciones de movimiento de los cuerpos.—Ideas generales sobre las presiones.—Razones fisiológicas y psicológicas de las denominaciones de fuerzas, acciones, tensiones, etc., empleadas en Mecánica. Fuerzas de inercia y centrífugas.—Principio de la fuerzas vivas para un sistema parcial. Trabajo de las fuerzas. Energía interna.—Ley fundamental de la Termodinámica y sus aplicaciones.

Conocidos los puntos de que trata M. Boussinesq y sabiendo cuán grande es el talento de este autor, se infiere que dichas once lecciones encierran mucha y provechosa enseñanza.

R. A.